

La Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 6 DE JULIO DE 1914

NÚM. 1.697

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1914



ARREPENTIMIENTO, acuarela de Enrique Henshall
(De fotografía de Henry Dixon e hijo. - Reproducción autorizada.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La mentira*, por Humberto Rivas. — *Rollos de la provincia de Toledo*. — *La insurrección albanesa*. — *Un templo a Lincoln, en Washington*. — *El pintor Fernando Viscaí*. — *La condesa de Pardo Bazán y la Academia*. — *Asesinato del archiduque heredero de Austria y de su esposa*. — *La Exposición Industrial de Colonia*. — *La victoria* (novela ilustrada; continuación). — *Melilla. Brillantes operaciones en Tiztutin y el Bueherit*. — *Badajoz. Exposición de trabajos en la Escuela de Artes y Oficios*.

Grabados. — *Arrepentimiento*, acuarela de Enrique Henshall. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *La mentira*. — *Monumentos funerarios*, obras del escultor arquitecto Hans Dammann. — *El rollo picota en la provincia de Toledo* (lámina). — *La insurrección albanesa* (tres fotografías). — *Templo recientemente erigido en Washington a la memoria de Lincoln*, obra del arquitecto Enrique Bacow. — *El pintor Fernando Viscaí en su estudio de París*. — *La condesa de Pardo Bazán y la Academia*. — *La aviación*, escultura de R. Bertrand Bouteq. — *El vencedor*, escultura de la señorita L. de Zamboni. — *El archiduque heredero de Austria y su esposa*. — *Colonia. Exposición Industrial*. — *Melilla. Brillantes operaciones en Tiztutin y el Bueherit*. — *Badajoz. Exposición en la Escuela de Artes y Oficios*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin llegar al extremo a que llegaba un señor — muy pesimista y enemigo de los tiempos presentes — según el cual todo lo que llamamos civilización no es sino apariencias y cascarilla, declaremos que muchas cosas de cascarilla hay en ella, y sólo tienen de realidad el dinero que cuestan y la complicación que introducen. Una de estas cosas aparentes tanto como reales, por lo menos, es el *sleeping-car*; o (para que no se enoje ningún purista) el coche cama de los trenes.

Mientras las mujeres se obstinaron en negarse a viajar solas, yo me resistí al *sleeping*.

En efecto, el «reservado de señoras» iba siempre vacío, y era infinitamente más cómodo que la reducida, ahogada y siempre demasiado aprovechada *cabine*. Pero cayeron al fin las señoras en que no las comía el coco aunque fuesen solitas; se atestó también el reservado, y no hubo más remedio, en el largo viaje a Galicia, que apechugar con el coche cama, so pena de ir una noche entera derechos como postes y cabeceando.

* *

El primer absurdo, en el coche cama, es empeñar-se las Compañías (las de todo el mundo, porque estos *cars*, si no me equivoco, son internacionales) en que lleven dobles lechos: uno al nivel del suelo y uno en el aire. Para subir a este segundo, hay que ser un poco gimnasta, amén de muy delgado y ligero de carnes; se hace uso de una escalera de peldaños estrechísimos y sin solidez, y ya arriba, se está preso como en un estuche, a menos que se repita el acrobatismo.

Las camas del tren cuestan caras. Debieran ser comodísimas. Hay una que no lo es, de fiyo. Y, anomalía: lo mismo se paga por la incómoda, que por la cómoda.

Algunas de las *cabines* (¿por qué no todas?) llevan su lavabo, encerrado en un cuchitril, tamaño como un pañuelo. Sin embargo, el viajero se alegra al leer en los grifos *Froide-Chaude*. Da vuelta al segundo, deseoso de lavarse siquiera las manos... Aquí de la cascarilla.

Jamás, ni por caso, sale caliente el agua de ningún grifo. Frías están las dos. ¿No era más corto y más franco no hacer suponer que en el tren se da agua caliente?

¡Y gracias si al menos la fría corre en un chorrito! Porque son frecuentes los casos en que el lavabo resulta una cosa decorativa, digámoslo así, o un refinamiento tantístico, para que os acordéis de que tenéis contraída la necesidad de lavaros (reprobable si se quiere) y que no la podéis satisfacer.

* *

Otra ilusión, las comidas en el *restaurant* que el tren lleva consigo, si lo lleva... Desde luego aconsejo a los que quieran aprovechar este confort, que se apunten para la primera tanda de comilones, porque en la segunda todo estará revuelto, engrasado y detestable, el pescado se habrá concluido, y el hielo igual. Luego, que sean equilibradas, porque he observado que se elige cuidadosamente, para dar la comida, el trayecto en que el tren lleva mayor velo-

cidad. Ya he advertido que estos males son de todas partes, y recordaré el artículo incluso en *Cuarenta días en la Exposición*, y titulado *De San Sebastián a París en barco de vapor*. En él describía aquella marcha loca, al abismo, del Sud exprés saltando sobre los rieles, dando tumbos, mientras los viajeros, sentados a la mesa (no en la mesa, como dice mucha gente) recibían en la cara el contenido de una cubeta llena de trozos de hielo, o la proyección del te hirviente, o veían rodar al suelo la botella de Apolinaris... Poco después de mi artículo, publicado en *El Imparcial*, ocurría la catástrofe del Sud exprés, que yo, sin necesidad de profetizar, había anunciado. Porque hay habas que se cuecen en todas partes, aunque asombre que en un país como Francia se lleve un tren a semejantes velocidades, por una vía deshecha.

* *

Entre las contingencias de la *cabine*, he omitido la de encontrarse en la mayor intimidad posible con una persona a quien no se conoce, y que en uso de su derecho la comparte con otra. Esto ya pasa de la raya, en cuanto a molestia. Calculo que aquel a quien le suceda, mal podrá conciliar el sueño. No es asunto de moral, pues hay *cabines* para señoras, y en tal respecto no existe riesgo alguno; pero, descartado este aspecto de la cuestión, siempre quedará el otro; o no se aprovecha la cámara, o se respira el aliento y se está en íntima conexión con gente desconocida.

Se me dirá, y reconoceré la fuerza de la objeción, que todo esto es pedir gollerías, y que rememore los tiempos de las galeras aceleradas y de las sillas de posta y diligencias.

Yo las galeras y las sillas de posta no las he alcanzado: sé por tradición que se hacía testamento antes de emprender caminata. Las diligencias las padecí en mi juventud, y realmente estremece pensar cómo se iba. Claro es que, comparando, confesamos que lo de hoy es gloria.

Pero, con este argumento, demostraríamos tanto, que no demostraríamos nada. ¿Se queja usted del acetileno, del telégrafo, del teléfono, de los tranvías, de los desinfectantes, del tobogán, del cine? ¿Preferiría usted el candil, el mandadero, la calesa, los microbios, el húngaro con el oso o la mona? Claro que no.

* *

Pero el progreso nace justamente de esta inquietud del mejor estar, de este anhelo continuo de hacer más grata la vida. De los servicios que uno necesita, nace la ganancia de otro que los ofrece. Así, en el coche cama hay, y esto es muy ventajoso, un criado siempre a disposición, ese *contrôleur* a quien no hallo nombre castizo, porque la terminología de los coches camas, que nos pese o no, es extranjera y carece de equivalente, por lo general, en nuestro idioma.

El *contrôleur*, pues, facilita mil cosas: os coloca las maletas en la rejilla, os las baja cuando lo habéis menester, os trae un vaso de agua, el desayuno de café con leche, os prepara la cama, os dice en qué estación estáis, cuánto falta para tal o cual punto, etc. Todo ello será de poca monta, pero ayuda a conllevar las molestias del viaje.

En cambio, a este empleado se le da una regular propina. Puede sin gran dificultad el *contrôleur* sacar sus ocho o nueve duros en un viaje de quince o veinte horas. De una *cabine* no saca menos de un duro. Es un empleo productivo, y supongo que la Compañía (como suelen hacer los dueños de cafés y fondas) se ahorra ese sueldo. Probablemente jugarán recomendaciones y funcionarán palancas para obtener un destín tan fructuoso.

Esperemos que llegue un día en que al viajar se tenga medio de lavarse y hasta baño. Dicen los que entienden de estas cosas de mecánica y física, que sería muy fácil todo ello en el tren. Hay, eso sí, el problema pavoroso de la tracción. Aumentar en el tren peso inútil, o menos útil, o no indispensable, es acrecer el gasto improductivo. Y le tapan a uno la boca con la lógica de los negocios, con la fuerza incontestable de los números.

De todos modos, nunca lograrán convencerme de que si un grifo lleva el rótulo de «agua caliente» deba salir por él agua fría o no salir ninguna.

* *

Hay una manera de evitar el tren y sus molestias, que no son flojas: este medio es hacer el viaje en automóvil.

Por mí, lo juzgo el más grato. Nunca he dado su-

ma importancia a la rapidez de los viajes: claro es que, en automóvil, como se ha de tomar algún descanso, no se irá tan aprisa como en tren, contando además con que el que en automóvil quiere ir aprisa, lo consigue y se hace polvo.

El automóvil es encantador, andando despacio. Lo miro desde mi punto de vista, considerando las ciudades y pueblos que se atraviesan y en los cuales es gustoso pararse un poco, sea a ver una iglesia antigua o un castillo histórico, sea a almorzar sosegadamente en un mesón, donde (diga lo que diga Alejandro Dumas de las comidas españolas) se pueden saborear manjares humildes, pero generalmente limpios y genuinos, con hartos más reposo y gusto que los guisos híbridos del tren, entre brinco y sustos, habiendo de sujetar con la mano las botellas para que no rueden...

* *

Suele ser apetitosa la comida de mesones y posadas pueblerinas. Os traen unas servilletas gordas, pero blancas; unos vidrios recios, en que el verdadero cristal es el agua; algún embuchado del país, tal cual perdiz recién cazada; y si receláis del aceite os queda el recurso de pedir huevos pasados, o jamón crudo. Hecha la refacción salís, con paso animoso, a visitar un monumento, a conocer un rincón interesante de España.

Milagro será si ya no os acompañan el señor cura, el señor juez, el farmacéutico y el duende del lugar; yo llamo así a esos señores enterados que no faltan nunca en pueblo alguno y que se lo saben de memoria, y detallan perfectamente, con erudición minuciosa, cuanto de él se ha escrito y cuanto la tradición susurra. Es cierto que no saben nada más, de cosa alguna; pero en cambio, la especial papeleta que tienen dominada, la explican con notable precisión y hasta colorido dramático. Por un instante (si poseéis una imaginación excitable y que sabe adaptarse a la belleza del momento) olvidáis que existe más mundo que aquél. Reviven para vosotros los paladines que ya son ceniza y las damas cuyos huesos se deshacen en calizo polvo; veis pasar la comitiva de los reyes, y galopar los jinetes moros, llevando en sus alquiceles blancos manchas de cristiana sangre; de las piedras carcomidas, como mordidas por el sol, emana un filtro, que os cautiva; suponéis que en vuestra presencia se desarrollan los sucesos trágicos y sombríos, o grotescos y familiares del ayer...

A la verdad, lo de hoy, en tales pueblos, ¿qué significa? Es lo pasado lo que os parece presente, vivo, palpante. Y esta magia dura el tiempo que tarda el automóvil en volver a exhalar su mugido ronco y en armar su traqueteo de fiera cautiva que bufa y trepida amenazante...

Se acabó el prestigio; se desvaneció la visión extraña que os retrotrajo a lo que no volverá... La vida moderna os reclama, y continuáis el viaje; pero os lleváis una honda impresión..., tal vez lo único duradero, porque es subjetivo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Lo que hace al individuo sagrado para el resto del mundo, lo que constituye su libertad y su derecho, es el pensamiento, el alma, esta esencia superior que da al vaso más frágil un valor infinito.

E. LABOULAYE.

Con la condescendencia y la dulzura conquistaréis el corazón de los hombres mejor que con toda clase de conocimientos, de luces y de saber.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

Hay en el mundo algo que vale más que los goces materiales, más que la fortuna, más que la misma salud, y es el sacrificio por la ciencia.

AUGUSTO THIERRY.

La pereza consume insensiblemente todas las virtudes.

LA ROCHEFOUCAULD.

Si necesitamos una voluntad firme para hacer el bien, más necesaria nos es todavía para no hacer el mal; de aquí que la vida más modesta sea a menudo aquella en que más se ejercita la fuerza de voluntad.

CONDE MOLÉ.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA MENTIRA, POR HUMBERTO RIVAS, dibujo de Mas y Fondevila



... y le pidió limosna con la voz temblorosa y con los ojos anegados en lágrimas

En el pueblo no era un secreto para nadie que Javier, el hijo del usurero más egoísta y avaricioso que ojos humanos han visto, se había casado con su prima Nieves, la primogénita del boticario, por el interés y únicamente por el interés. La casa paterna se venía abajo y era preciso defenderla a todo trance. Sólo un milagro podía salvarla, y se pensó en la perentoria necesidad de un buen casorio. Esa sería la tabla de salvación a la que se asirían fuertemente como dos náufragos a punto de morir.

Javier escuchó sumiso, un día y otro día, las sagaces exhortaciones de su progenitor, hasta que al fin hubo de resolverse a poner en práctica el plan. Se presentaría ante su prima, le haría la corte y en el transcurso de un mes se verificaría la boda. Y, en efecto, después de prolijos y graves consejos de familia, en los que se habló de la entrañable ternura que el chico sentía por la muchacha y de la conveniencia de unir en sacra unión e indisoluble lazo, se fijó solemnemente la fecha de la fastulosa ceremonia. Se cruzaron regalos, que fueron el asombro de amigos y deudos, y aquel acontecimiento sirvió de diaria comidilla a los vecinos, hasta que el cura puso coto a los comentarios lugareños con la liturgia de sus bendiciones.

La verdad era que Javier no quería ni poco ni mucho a Nieves. Su prima no le inspiraba más que un dulce afecto fraternal. El único móvil que le impulsaba hacia aquel matrimonio no tenía nada de poético. No obedeció más que a las frías razones del cálculo. El nuevo hogar se le presentaba lóbrego y vacío. El coronado permanecía impasible ante aquella mezquina venta de sentimientos.

Nieves era una chiquilla capaz de hacer feliz al hombre mejor del mundo. Si bello era su rostro — digno de competir con los más delicados ensueños de un poeta —, no era de menos virgen. A cuantas reflexiones se le hicieron, contestó con una mansa y suave inclinación de su cabecita encantadora, en señal de acendrado respeto. La pobre muchacha no

presentía que la lanzaban despiadadamente a un doloroso sacrificio.

* *

Los novios regresaron al pueblo después de un breve viaje. Javier notaba ya el cansancio que le producía la falta de una ilusión sincera. En vano trataba de disimular su tedio. La casa, que debería ser para él templo y altar, se le aparecía como una cárcel aborrecible. Y hasta tal punto llegó a odiarla, que sólo traspasaba sus umbrales cuando sentía el hartazgo de sus orgías impuras. Sin ideales que ennoblecieran su espíritu, se entregó bestialmente al amor mercenario, a los placeres más repugnantes y abyectos.

Nieves, humilde, sola, esperaba, esperaba. A ella le habían dicho que su existencia iba a ser desde el día de su boda un paraíso, un vergel encantado, y que aquel ramo de azahar que simbolizaba su pureza, se convertiría en una fragante guirnalda de flores que sería, en el prodigio de su aurífera cabellera, como una corona de reina joven y mimada. Y poco a poco iba notando con espanto que aquel sueño quimérico se trocaba en punzante corona de espinas. Le hablaban también de los rendimientos finísimos de un hombre enamorado; de su constancia y lealtad, de su solicitud y de sus desvelos. Aquel hombre permanecería siempre a su lado, lo mismo que un guardián extático que custodia y venera un joyel precioso.

¿Dónde estaría Javier? ¿Qué ocultos motivos le alejaban de su lado? ¿Por qué esquivaba su presencia y sus ojos estaban llenos de foscas recriminaciones?

* *

Mientras la pobre niña lloraba su desilusión, ahogando la rebeldía antes de que estallara en reproches violentos, en la calle todo era fiesta y regocijo.

Había llegado al pueblo una compañía de saltimbanquis. Entre ellos, venía una mujer que cantaba tonadillas exóticas. Su hermosura le atrajo en seguida la voraz mirada de los hombres, y no tardó en verse rodeada de una lucida legión de adoradores ávidos. ¿Cómo iba a faltar Javier, ansioso siempre de aventuras nuevas? Para su alma, enferma de hastío, aquella súbita visita fué una tentación irresistible. Tan irresistible, que no tardó en enamorarse intensamente de la advenediza. No fué un procaz sacudimiento del instinto; fué un amor verdadero. Javier sintió de pronto estremecido por algo que dormía en lo más recóndito de su alma. ¡Qué despertar tan hermoso! ¡Qué delicia tan inefable! Como si abriera los ojos después de una pesadilla infernal, le acometían deseos de respirar muy fuerte para que se llenaran de aire los pulmones.

Sus sentimientos se iban tornando nobles, generosos. Decididamente el amor era cosa que, por demasiado divina, no podía substituirse con nada, y menos con las sórdidas ambiciones terrenales. Nos venía del cielo, y en vano trataríamos de buscarlo si él no nos mandaba uno de sus destellos celestes. Javier había ignorado lo que era hasta entonces, y, cuando menos lo esperaba, lo cegó con su luz y lo hirió con sus flechas.

* *

Los funámbulos estaban levantando su tienda para proseguir la vida aventurera y nómada. Y Javier se propuso seguirlos. No quería separarse de su amada. Resueltamente, velozmente, emprendió el camino de su inhóspito hogar. Entraría en él con paso furtivo y, ya en posesión de todos sus caudales, volvería a salir sin ser notado.

Peró antes de realizar su propósito se detuvo pensativo. Le había interceptado el paso una mujer joven, de aspecto precario y humilde. Iba amamantando un niño de pecho y le pidió limosna con la voz

tremblorosa y con los ojos anegados en lágrimas. Aquella mujer le contó también su historia: una historia llena de amargura. Su esposo la abandonó, a los pocos meses de su matrimonio, con aquella criatura que llevaba en brazos. Y ella tuvo que implorar la caridad pública para defender la vida de aquel inocente fruto de su amor.

Javier sintió una fuerte sacudida en lo más recóndito de su conciencia. De pronto, se le apareció su casa abandonada y Nieves en la misma triste situación de aquella pobre mujer que tenía delante. Puso unas monedas en su mano y prosiguió su marcha. Javier ya no era el mismo de antes. Aquella impetuosa pasión que despertó en su alma una aventura, había purificado sus instintos. Y poco a poco fué reaccionando como un enfermo que recobra la salud de improviso. Recordó que Nieves iba a ser también madre pronto. No hacía mucho que ella misma se lo había dicho, llorando de gozo ante aquel divino fecundamiento de sus entrañas.

¿Qué iba a hacer? ¿No era un crimen su intento? Desvanecidas las tinieblas que extraviaban sus pasos, comprendió al fin cuál era su deber. Él también sabía ya lo que era el amor. ¿Qué culpa tenía aquella pobre niña, engañada y unida a un hombre que tal vez le era indiferente, contra su voluntad? Javier siguió meditando. Había sido víctima de su propia codicia. Y tuvo lástima de Nieves, lástima de sí mismo.

Cuando penetró en su casa, había desistido de la escapatoria. No era digna, no era leal. Nieves le esperaba como siempre, con su eterna sonrisa de mártir resignada. Javier la contempló avergonzado y triste. No sabía cómo romper a hablar. Se acusaba mentalmente de miserable. Callaría, fingiría un amor que estaba lejos de sentir.

El maestro de la escuela le había dicho, al entregarlo al torbellino del mundo, que no mintiese nunca, que la mentira era un vicio horrible. El cura se lo repetía todos los años en el confesonario.

«¡Bah!, pensó Javier. Aquellos dos viejecitos se engañaban. La mentira puede ser una virtud cuando sirve para evitar un daño y cuando puede labrar la dicha de un ser inocente.»

¿No lo estaba viendo él en la sonrisa que florecía como un clavel rojo y fresco en los labios de Nieves?

ROLLOS DE LA PROVINCIA DE TOLEDO

Los rollos a que nos referimos son picotas hechas

do tercio, del que salían cuatro gárgolas o colgaderos hoy en mal estado de conservación. Estilo transición.

Rollo de Ocaña. - Haz de ocho columnas en la parte central de cuyos fustes igual que en los capiteles hay un anillo exornado con labor de perlas. Sobre él descansa un templete calado cuyos pilares y arcos ostentan también la misma perlada labor. El remate desapareció y fué sustituido por una cruz de hierro. Es de estilo ojival. Siglo xv.

Rollo de Maqueda. - Columna de fuste cilíndrico con airoso remate sobre una gradería. A los dos tercios de altura hubo cuatro gárgolas figuras de leones, de las que falta una. Sobre ellas, un escudo de armas con dos lobos pasantes y tras él asoman los extremos de una cruz. Del siglo xv o principios del xvi. Estilo transición.

Rollo de Casarrubios del Monte. - Sobre cuatro gradas. Fuste octágono, refor-

zado con tres collarines en su parte media. Capitel adornado con perlas. Sobre él se apoya un templete de cuatro columnas y una pirámide coronada con una esfera. Bien conservado. Arquitectura civil. Gótico. Del siglo xv o principios del xvi.

Rollo de Almorox. - Sobre cinco peldaños, una columna toscana, encima de cuyo capitel sobresalen cuatro gárgolas leonadas. Continúa una columna que sostiene un templete formado por cuatro columnitas jónicas estriadas, y la techumbre coronada por cinco remates de piedra blanca. Sobre los escudos N y S de la segunda columna se lee respectivamente A y Año 1566. Estilo plateresco.

Rollo de Lillo. - Columna fasciculada de estructura gótica con capitel que descubre detalles de renacimiento. Se yergue sobre él un templete que tuvo una columna central y seis en torno. Termina en una cubierta y una pequeña crestería gótica. Estilo de transición gótico plateresco. Siglo xvi.

Rollo de Puente del Arzobispo. - Columna de perfiles sobre cinco gradas. Fuste octágono con dos repisas con talla de animales, y capitel con cuatro gárgolas cabezas de monstruos; encima de aquél descansa un cuerpo cuadrado con escudos en sus caras y sobre él una pirámide. Arte gótico. Siglo xv.

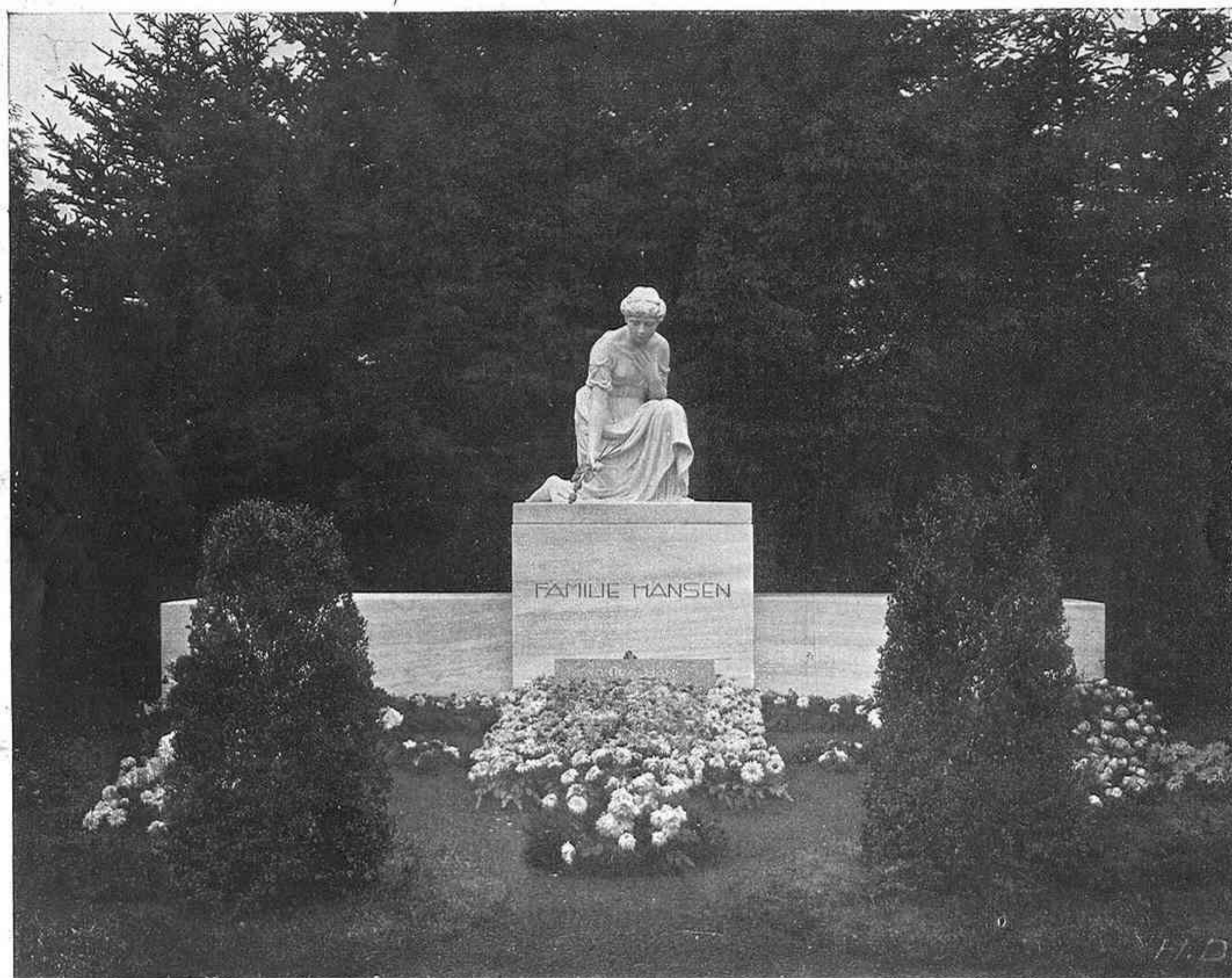
Rollo de Yepes. - Sólo quedan restos consistentes en un haz de columnillas entre las cuales van talladas medias perlas. Pertenece al arte ojival. Siglo xv.



Monumento funerario, obra del arquitecto escultor Hans Dammann

de piedra, en forma redonda o de columna, ordinariamente rematados por una cruz, y que en lo antiguo eran insignias de jurisdicción de villa.

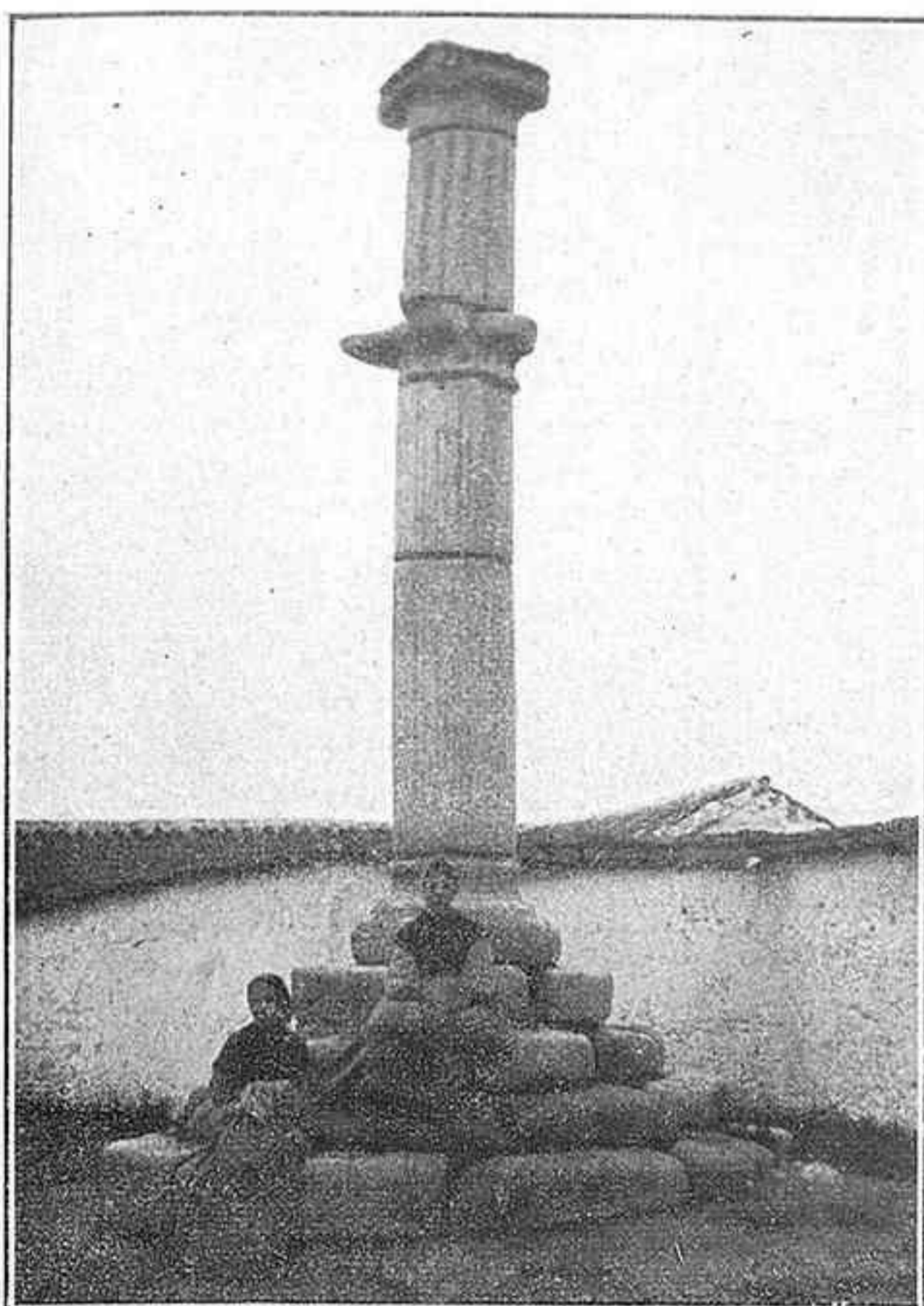
Los ocho rollos que en este número reproducimos, de fotografías de D. Manuel Asenjo, son pequeños monumentos históricos en diferentes términos municipales de la provincia de Toledo.



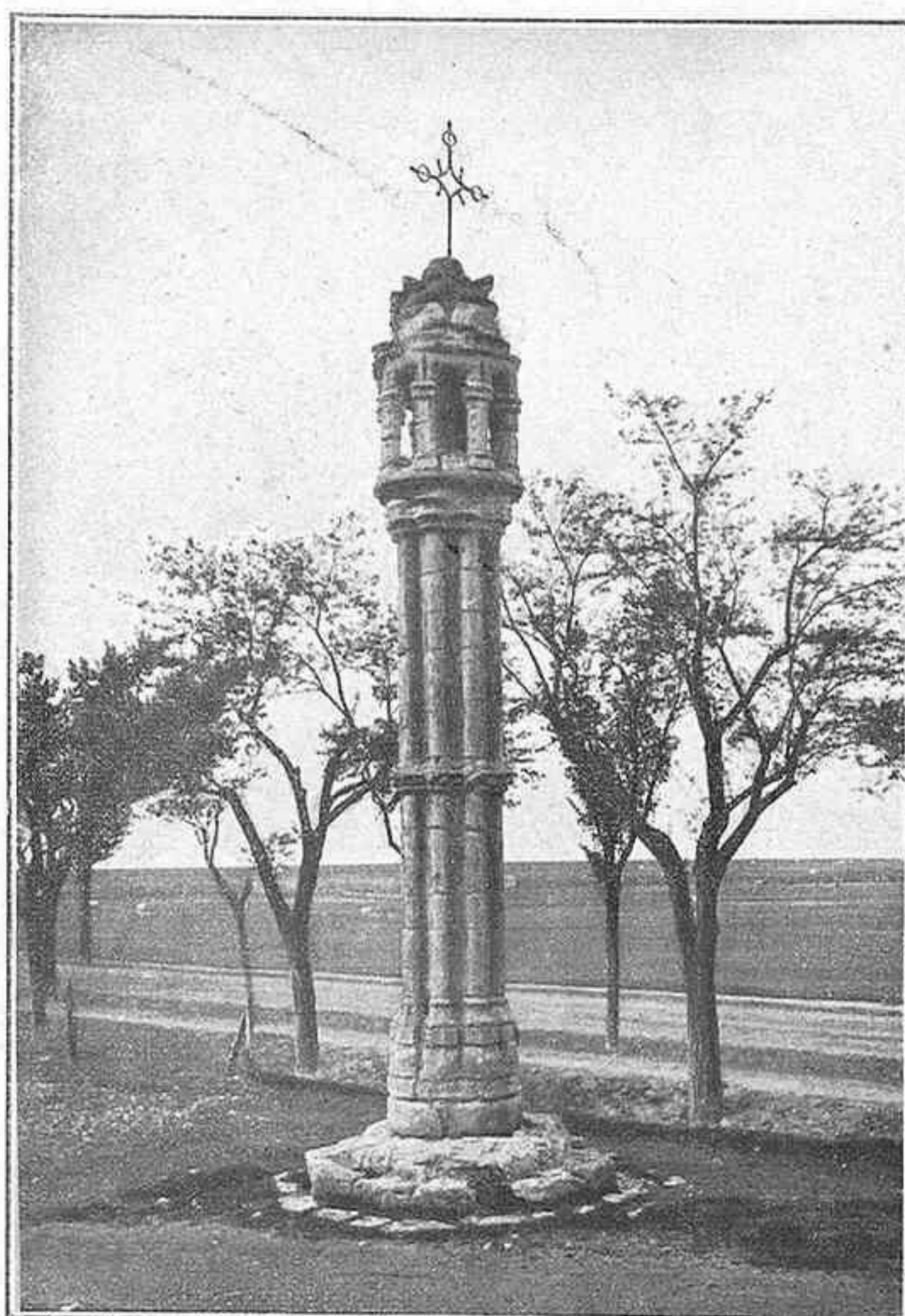
Monumento funerario, obra del escultor arquitecto Hans Dammann

Rollo de Mora. - Columna estriada de orden jónico sobre pequeña grada. Fuste coronado por un capitel de airovas volutas. Ancho anillo sobre el segun-

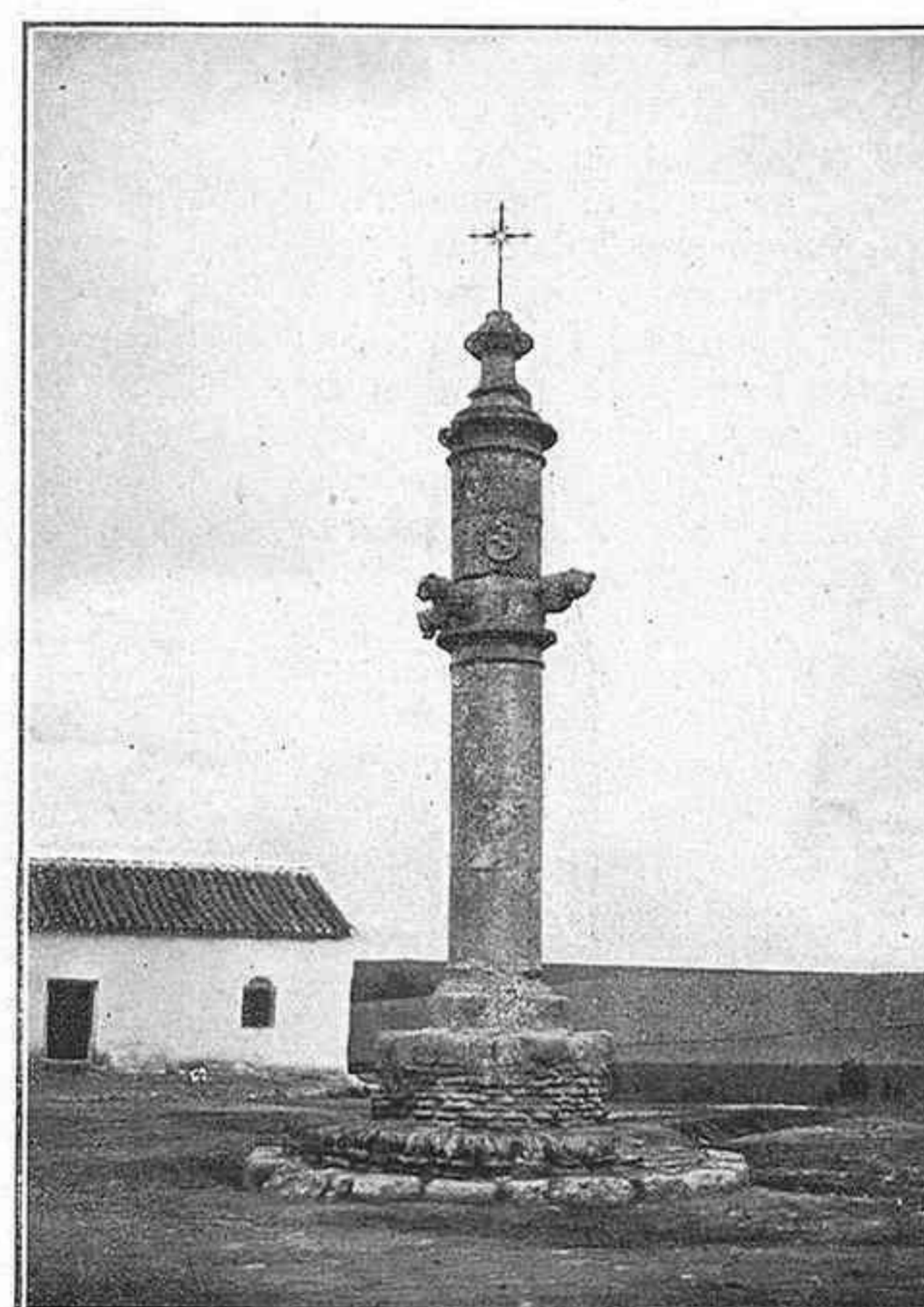
EL ROLLO O PICOTA
EN LA PROVINCIA DE TOLEDO



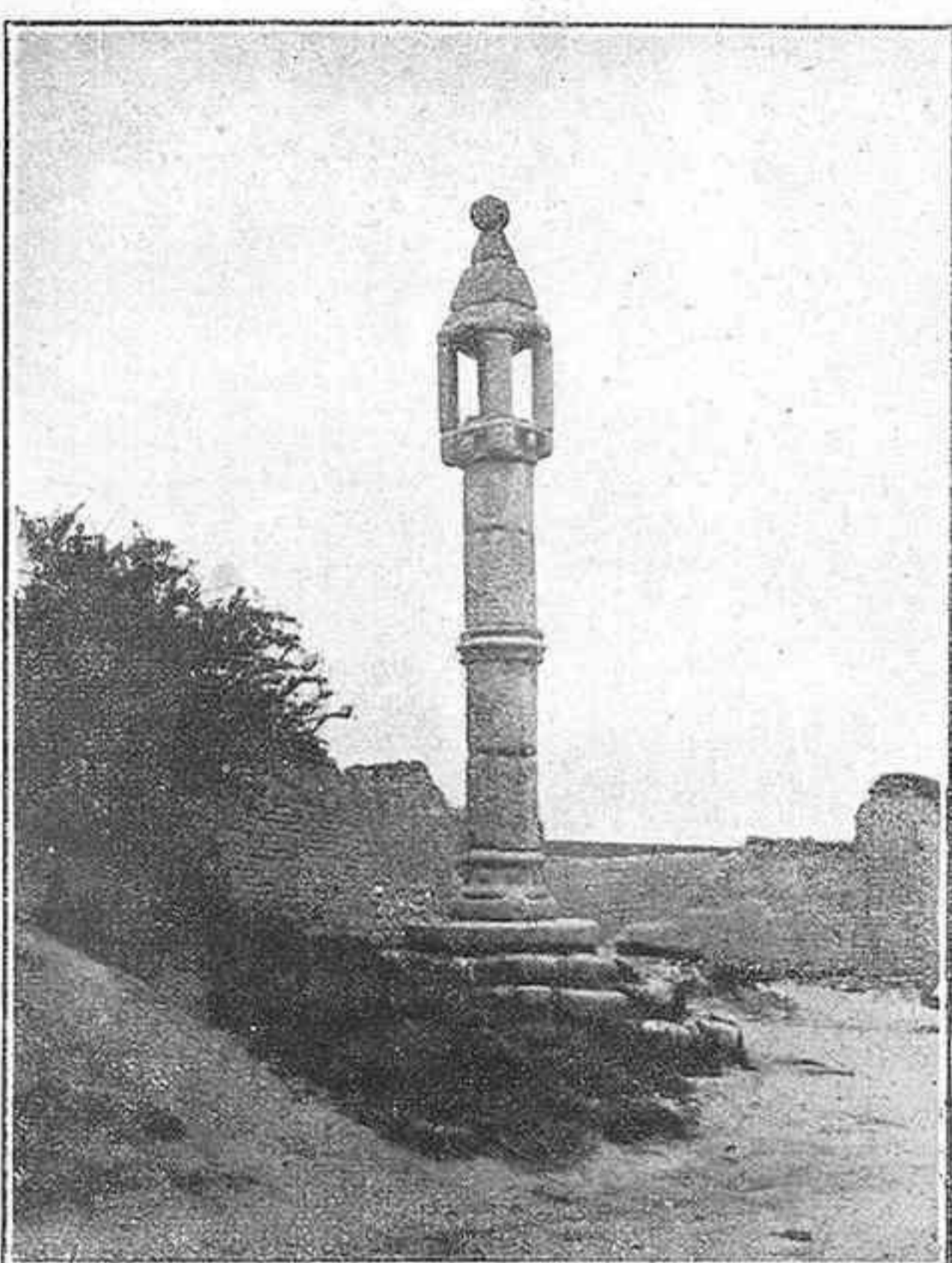
Rollo de Mora



Rollo de Ocaña



Rollo de Maqueda



Rollo de Casarrubios del Monte



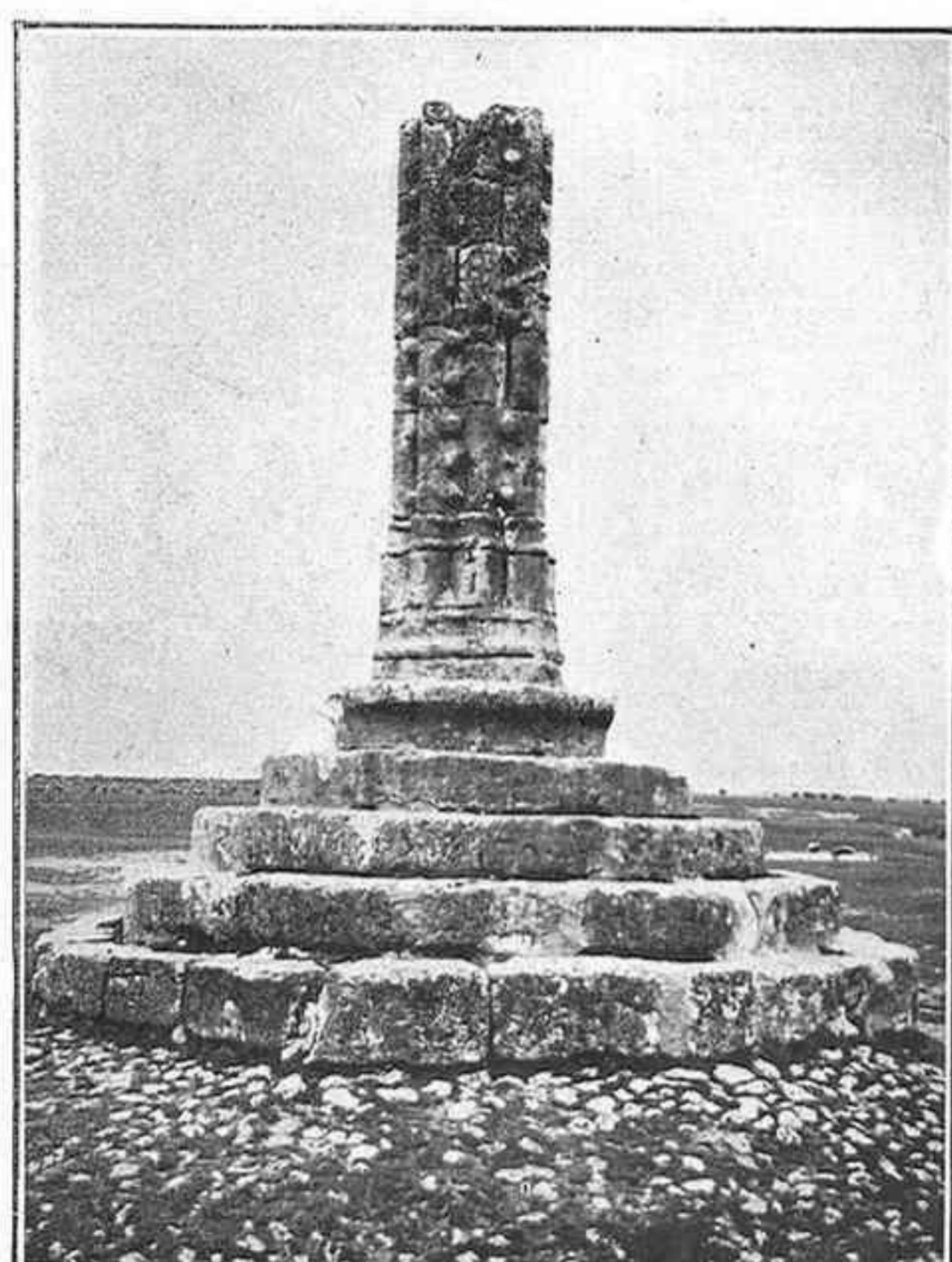
Rollo de Lillo



Rollo de Puente del Arzobispo



Rollo de Almorox



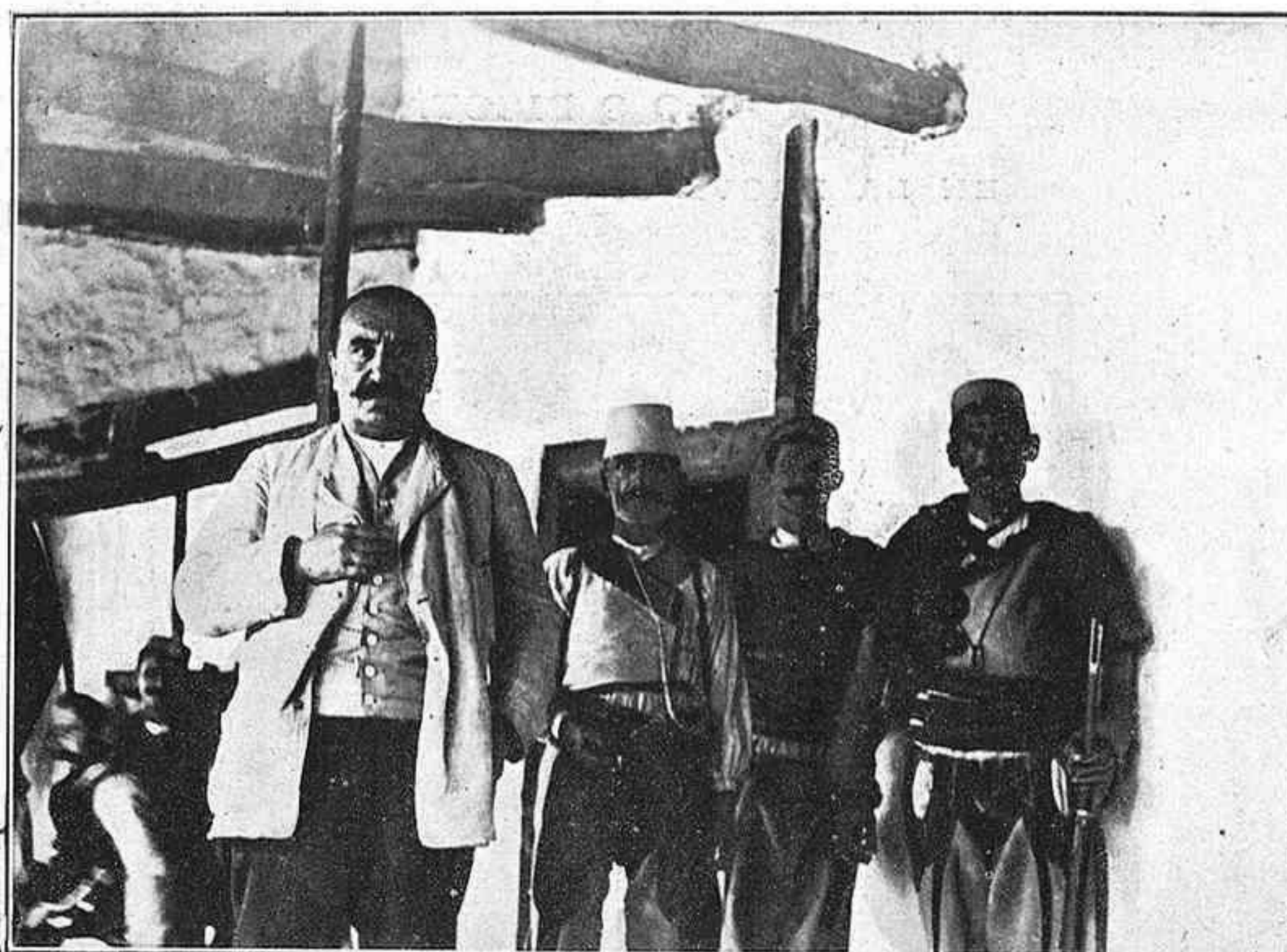
Rollo de Yepes

(De fotografías de Manuel Asenjo.)

LA INSURRECCIÓN ALBANESA

Bien puede afirmarse que el soberano de Albania, el príncipe Guillermo de Wied, no ha tenido una hora de tranquilidad desde el momento en que las potencias cñieron sobre sus sienes la corona del nuevo reino creado por la diplomacia europea. Primero fué la revuelta de Essad-Bajá que, después de haberse presentado como el más entusiasta defensor del monarca hubo de ser por éste desterrado por resultar evidente su colaboración con los insurrectos.

Al poco tiempo, los reyes, sin más apoyo que el de unos cuantos malisores católicos, hubieron de embarcarse en un buque italiano del que desembarcaron luego regresando a su palacio



razzo; nos referimos al príncipe mir-dita Bib Doda que acudía en defensa del monarca con fuerzas mir-ditas y que, según parece, fué derrotado por los malisores.

De todos modos, el rey se halla sitiado en la capital sin otra esperanza que los buques de guerra extranjeros que se hallan en el puerto y en la actualidad ha entablado negociaciones con los insurrectos por conducto del coronel inglés Philippos, jefe del cuerpo de ocupación de Escútari. Pero para estas negociaciones se lucha con una dificultad grandísima y es la de que los insurrectos exigen como primera y principal condición que el príncipe Guillermo de Wied abandone Albania, diciendo que mientras esto no



El príncipe de los mirditas Bib Doda, que con sus milicias acudía en auxilio del príncipe Guillermo de Wied y ha sido derrotado por los malisores. - Barricadas construidas por los marinos italianos delante del palacio del príncipe durante el ataque de los insurrectos a Durazzo. - Grupo de mirditas mandados por Simón Doda, de la familia de Bib Doda, que luchan a favor del príncipe Guillermo. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

para recibir allí las condiciones que les presentaban los rebeldes, en tanto que la comisión internacional negociaba en Siak con los musulmanes que, aunque excitados, aceptaron la entrega de rehenes por su parte a cambio de la promesa de que serían respetados los de su religión y de que no se los subordinaría a los elementos católicos.

A esto sucedió un período de aparente calma, pero en el fondo imperaba en Albania la más espantosa anarquía. Todos querían mandar allí: el rey, el Consejo de ministros, los oficiales holandeses, los ministros de Italia y Austria, todos daban órdenes y nadie obedecía. Y en realidad sólo había allí una sola autoridad verdadera reconocida por insurrectos y nacionalistas, a saber: la comisión internacional fiscalizadora.

Así estaban las cosas, cuando el 15 de junio, a las cuatro de la mañana, la capital del reino, Durazzo, residencia del rey, fué atacada por los insurrectos. Inmediatamente se organizó la defensa de la ciudad, poniéndose las fuerzas realistas a las órdenes del coronel holandés Thomson, comandante de la gendarmería albanesa.

A partir de aquel momento, empeñóse un combate rudísimo, pues los defensores opusieron una tenaz resistencia a los rebeldes y una vez rehechos de la primera sorpresa, acudieron en gran número a los puntos amenazados, mientras otros se dispusieron a

defender las entradas de la ciudad. Los insurrectos, redoblaron su ataque empeñándose en cada uno de los tres puntos en que se había iniciado el combate luchas parciales encarnizadas. A las seis de la mañana fué muerto el coronel Thomson, y esto contribuyó a desmoralizar a los realistas.

Aunque en un principio se dijo que Durazzo había sido tomado por los rebeldes, no tardó en ser

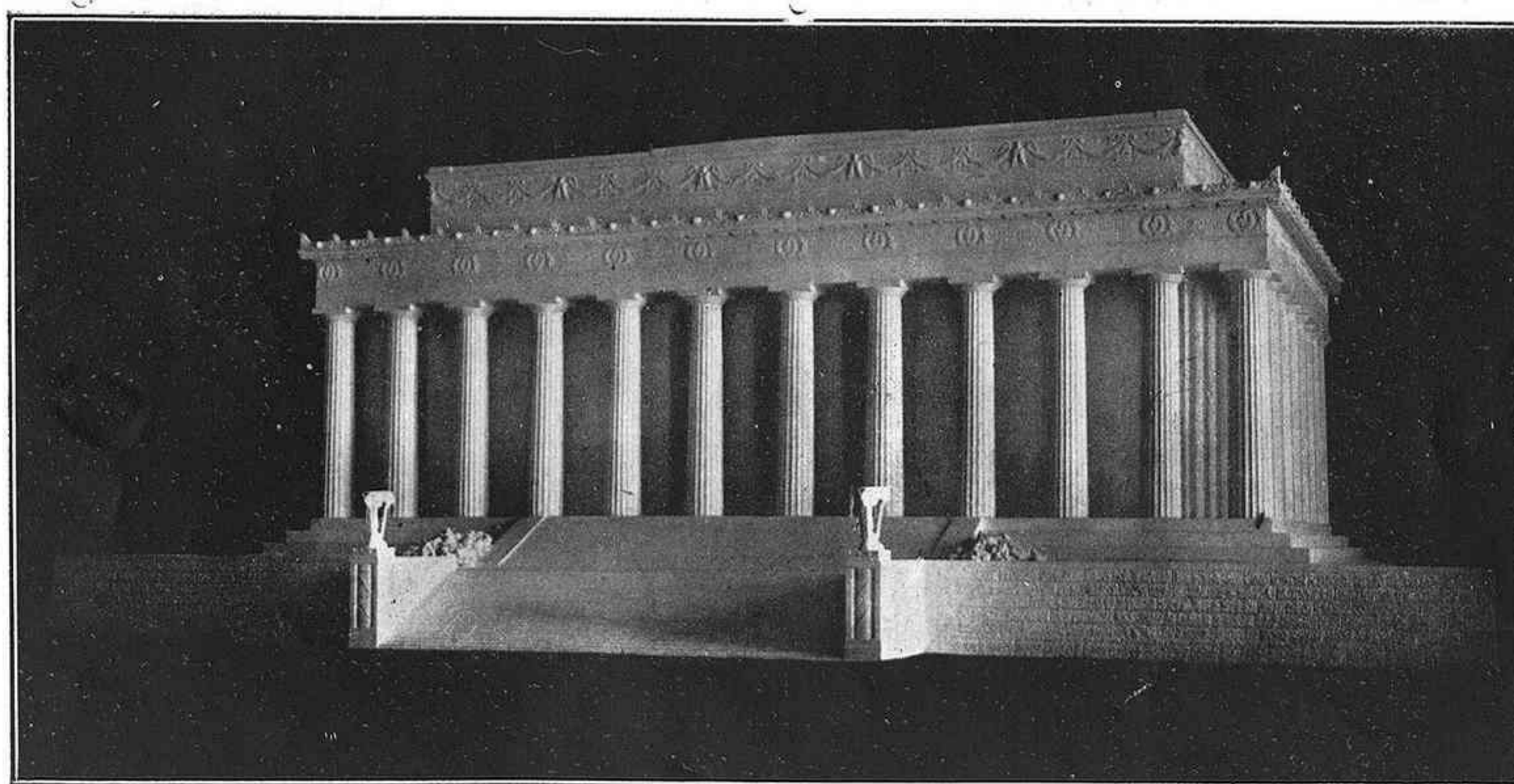
sucedado no depondrán las armas. A esta condición añaden otras, como son: concesión de garantías religiosas, admisión de un delegado otomano en la comisión internacional y compromiso de consultar a la población en caso de elegirse nuevo soberano.

Planteadas así la cuestión, es muy difícil, si no imposible, que pueda llegarse a una solución satisfactoria del actual conflicto albanés. La única manera de resolverlo sería que el rey contase con fuerzas para enviarlas contra los rebeldes y someterlos por las armas; pero el monarca carece de tales fuerzas y ni siquiera cuenta con las necesarias para defender la capital.

UN TEMPLO A LINCOLN, EN WASHINGTON.

La República norteamericana se dispone a celebrar dignamente en 1915 el quincuagésimo aniversario de la muerte del que fué su gran presidente, el célebre Abraham Lincoln, a cuya memoria consagra el pueblo de los Estados Unidos un verdadero culto.

Hace poco inauguróse en Washington un museo Lincoln en el que se reunieron cuantos objetos pudieron juntarse referentes a la vida del gran patriota, incluso la choza en donde nació; y últimamente se ha erigido en su honor un verdadero templo, según puede verse en el grabado adjunto, construido según los planos del arquitecto neoyorquino Enrique Bacow.



Templo recientemente erigido en Washington a la memoria de Lincoln, obra del arquitecto Enrique Bacow (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

desmentida esta noticia; en efecto, después de cinco horas de lucha, los insurrectos fueron derrotados.

El 17 Durazzo fué nuevamente atacada, pero también los rebeldes fueron rechazados.

Desde entonces el rey Guillermo se halla sitiado en la capital y su situación es crítica, pues uno de los auxilios en que confiaba no ha podido llegar a Du-

EL PINTOR

FERNANDO VISCAÍ

En el número 1.666 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la reproducción de varios de sus cuadros, publicamos algunos datos biográficos referentes al notable pintor valenciano Fernando Viscá. No hemos de reproducirlos ahora y sí únicamente recordaremos que Viscá se reveló como artista de gran talento en las oposiciones que, en 1903, convocó la Diputación provincial valenciana para varias plazas de pensionados de pintura, habiendo sido en aquella ocasión señalado por él ilustre Sorolla el cuadro por él pintado como el mejor de todos los presentados.

Después de una larga temporada en que vivió alejado del arte, volvió en 1911 a manejar los pinceles y al año siguiente se estableció en París, donde actualmente reside, habiendo conseguido ya en el primer año de su estancia en aquella capital ser admitido en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses.

En el Salón de este año expone el retrato de la conocida cupletista *La Fornarina* que se ve en el adjunto grabado y que ha llamado mucho la atención. Es realmente este retrato una obra notabilísima bajo todos conceptos, así por el parecido, por la expresión y la naturalidad, como por el aspecto pintoresco y original que ofrece: la figura de la celebrada artista, vestida con elegantísimo traje de maja, está admirablemente trazada y se destaca con toda su belleza y su armonía de líneas y proporciones sobre un paisaje que, lejos de distraer la atención del objeto principal, contribuye poderosamente a que éste tenga mayor realce.

Esta obra ha valido a su autor entusiastas felicitaciones, a las cuales una de las más sinceras LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que celebra con verdadera satisfacción los triunfos de nuestros artistas, sobre todo cuando estos triunfos se logran en el extranjero.



El notable pintor español Fernando Viscá en su estudio de París, y su última obra, el retrato de la conocida artista «La Fornarina», que figura en el actual Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. (De fotografía de Photo Hispania.)

tados una reunión de distinguidas personalidades que presidió la cultísima escritora Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, a quien acompañaban en la mesa las señoritas de La Rigada y Asas Manterola, la doctora Álvarez Buylla y Tolosa Latour.

Doña Blanca de los Ríos leyó unas cuartillas, encareciendo los propósitos que animan a cuantos, como ella, consideran obra de justicia el que Doña Emilia Pardo Bazán que, por propios y más que cumplidos méritos, a honrar a la intelectualidad femenina española, ocupando un sillón en la casa que guarda las gloriosas tradiciones del patrio idioma.

Habló a continuación Doña María de la Rigada para expresar su gratitud al Sr. González Besada, a D. Santiago Ramón y Cajal, y a Doña Blanca de los Ríos, que también pone de muy alto, con sus talentos, los prestigios y la fama de la mujer española.

Invitados por la señora presidenta, usaron de la palabra D. Adolfo Álvarez Buylla, que significó su adhesión, recordando que él, en la universidad de Oviedo, tuvo la honra, hace ya años, de proponer para el premio un trabajo literario sobre el P. Feijóo, original de la eminente novelista gallega; el Dr. Tolosa Latour, convencido feminista, exponiendo que convenía acordar algo práctico; los señores Salomo (Don Luis) y Rogerio Sánchez (Don José), D. Ángel Véguez (Doña Micaela Díaz Rabaneda, profesora de la Escuela Normal de Castellón, y finalmente D. Pedro Seoane, gallego, para dar las gracias en nombre de la región.

Dióse cuenta y leyéronse adhesiones de varias escritoras españolas, tales como Concha Espina y la doctora Arroyo Marín y de Ramón y Cajal, de

Vázquez y otras del conde de Peñalver, de Pérez Galdós, de Ramón y Cajal, de Vázquez de Mella, etc., etc.

Después de discutirse lo que procedía, convínose que se forme una Comisión,

compuesta de las personas que constituían la mesa, de las que han suscrito la convocatoria, de Marqués de Figueroa y de la señorita Muñoz, para realizar las oportunas gestiones, explorando la voluntad de los señores académicos, y en especial la de Don Antonio Maura, director de la Real Academia Española, ya que no hay precepto legal ni reglamentario como acaba de reconocerlo, con su criterio ampliamente liberal, el ministro de Instrucción pública, Sr. Bergamín — que se oponga a que las mujeres puedan ser propuestas y admitidas en aquella Corporación.

Ocioso nos parece decir, tratándose de nuestra ilustrada y querida colaboradora, la condesa de Pardo Bazán, que LA ILUSTRACIÓN



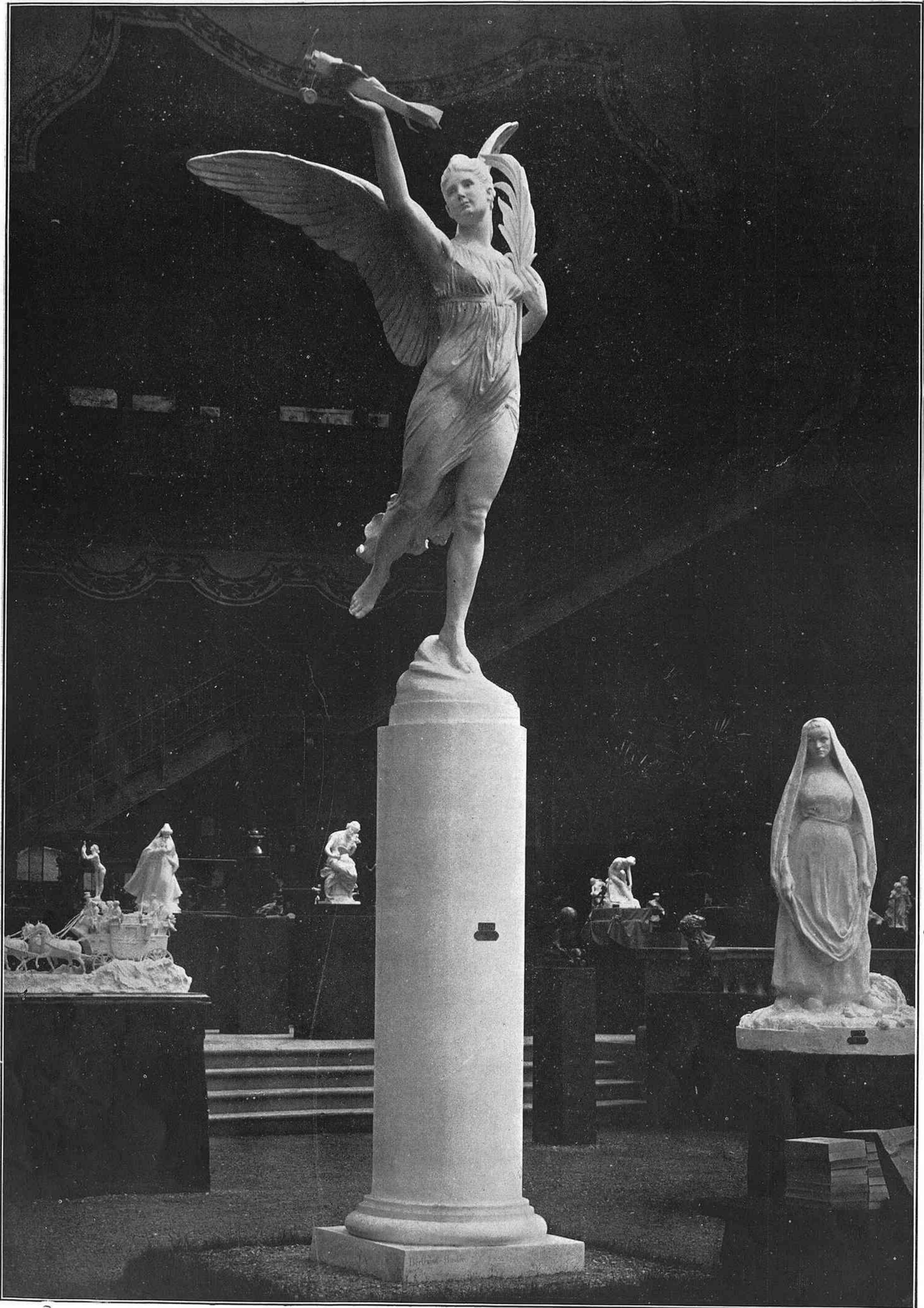
Madrid. — Reunión de distinguidas personalidades celebrada en una de las secciones del Congreso de los Diputados para tratar de la campaña en pro del ingreso de la eximia escritora la condesa de Pardo Bazán en la Real Academia Española (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN Y LA ACADEMIA.

Tiempo hace que las más altas representaciones de la intelectualidad española vienen sosteniendo una campaña en pro del ingreso en la Real Academia de la eximia escritora condesa de Pardo Bazán; pero hasta ahora todos los esfuerzos que en este sentido se han realizado se han estrellado contra rancias preocupaciones y rutinas inexplicables. Los llamados inmortales se resisten a tener por compañera a la que por tantos títulos merece figurar en la docta corporación, que sólo honra recibiría teniéndola en su seno. Mas esta resistencia no empeña a las altas personalidades que se han propuesto tan alta y laudable misión, antes al contrario les sirve de acicate para redoblar sus esfuerzos y proseguir, cada vez con mayores bríos, su campaña.

Recientemente se celebró en una de las secciones del Congreso de los Dipu-

ción ARTÍSTICA se adhirió con el mayor entusiasmo a esta campaña y hace firmes votos porque la Academia abra al fin sus puertas a la escritora eximia que hace mucho tiempo y por indiscutibles méritos debiera figurar en ella.



LA AVIACIÓN, escultura de R. Bertrand Boutee

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



EL VENCEDOR, escultura de la señorita L. de Zamboni

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

ASESINATO DEL ARCHIDUQUE
HEREDERO DE AUSTRIA
Y DE SU ESPOSA

En Serajevo, capital de la Bosnia, fueron villanamente asesinados el 28 de junio último el archiduque heredero Francisco Fernando de Austria y su esposa, la duquesa de Hohenberg.

El archiduque había ido a Bosnia para presenciar las maniobras del cuerpo de ejército situado junto a la frontera serbia, y su esposa, que nunca se separaba de él, le había acompañado allí, instalándose en una estación balnearia durante los dos días en que el archiduque se había consagrado a sus deberes militares. Cumplidos éstos, Francisco Fernando fué a reunirse con la duquesa y juntos marcharon a Serajevo, adonde llegaron el citado día por la mañana.

Cuando se dirigían a la Casa Consistorial, en donde se había organizado en su honor una recepción, un obrero tipógrafo, joven de veintidós años, arrojó una bomba contra el automóvil en que iban el archiduque y su esposa. El archiduque, dando pruebas de una gran serenidad, logró desviar con el brazo el proyectil, que fué a estallar junto al carruaje que seguía al de aquél y en el cual iban el conde Boos Waldeck y el ayudante teniente coronel Merizzi, quienes resultaron levemente heridos, lo mismo que otras varias personas que presenciaban el paso de la comitiva. El autor del atentado se tiró al río Miljack, con ánimo de huir; pero perseguido por algunos agentes y parte del público fué aprehendido, costando grandes esfuerzos a la policía salvarlo de las iras de la multitud que quería lyncharlo.

En el entretanto, el archiduque llegaba a la Casa Consistorial y después de protestar indignado contra el atentado de que acababa de ser objeto, efectuóse la recepción. Terminada ésta, Francisco Fernando y su esposa regresaban al Konak y al doblar el automóvil que los conducía la esquina que forman las calles Francisco José y Rodolfo, un estudiante del liceo de Serajevo, de diecinueve años, disparó dos tiros de revólver, hiriendo mortalmente a la duquesa y al archiduque, quienes fallecieron pocos momentos después de llegar al Konak.

El asesino fué inmediatamente detenido y corrió grave riesgo de ser lynchado por el pueblo.

Aunque los autores de ambos atentados han declarado que no tenían cómplices, es evidente que el asesinato obedeció a un complot preparado por la juventud nacionalista de Serajevo; así lo demuestra en primer lugar el pequeño intervalo que medió entre el lanzamiento de la bomba por el tipógrafo y los disparos de revólver del estudiante, y en segundo el hecho de haber sido encontrada, a poca distancia del sitio en que se realizó el segundo atentado, otra bomba que sin duda arrojó un tercer cómplice al ver que la segunda tentativa había dado el resultado que los asesinos se habían propuesto. Y aun se dice que en otros puntos del trayecto que debía recorrer el archiduque había apostados otros conjurados dispuestos a consumar el crimen a todo trance.

Según parece, Francisco Fernando, antes de su salida de Viena, había sido advertido del peligro que corría, pues la policía tenía noticia de los proyectos de atentados tramados contra su vida; pero el archiduque, hombre de un gran valor personal, no hizo caso de tales advertencias.

El archiduque Francisco Fernando nació en Gratz el 18 de diciembre de 1863.



El archiduque heredero Francisco Fernando de Austria y su esposa la duquesa de Hohenberg, asesinados en Serajevo el 28 de junio último, y sus tres hijos los príncipes Maximiliano y Ernesto y la princesa Sofía. (Fot. de Harlingue.)

Era hijo del archiduque Carlos Luis, hermano segundo del emperador Francisco José y sobrino de la exreina regente de España, D.^a María Cristina.

En 1896 fué proclamado heredero de las coronas de Austria y Hungría, por muerte de su padre.

En 1900 casóse morganáticamente con la condesa Sofía Chotek, para lo cual autorizóle el emperador no sin antes exigirle juramento solemne de que jamás intentaría hacer a su esposa emperatriz ni a sus hijos herederos de la monarquía.

La condesa de Chotek recibió, al casarse con el archiduque, el título de princesa de Hohenberg y en un principio apenas fué admitida en la ceremoniosa corte de Viena; pero gracias a su talento, a su paciencia y a su diplomacia supo vencer aquella frialdad y acabó por conquistarse las simpatías y el afecto del anciano emperador que hubo de reconocer y apreciar sus excepcionales cualidades.

En 1909 fué nombrada duquesa, con el título de alteza.

El archiduque sentía por su esposa un cariño y una admiración sin límites a los que ella correspondía con un amor y una solicitud infinitos.

De este matrimonio quedan tres hijos: la princesa Sofía, el príncipe Maximiliano y el príncipe Ernesto, de trece, once y diez años respectivamente.

Por la muerte del archiduque Francisco Fernando, sus derechos a la corona pasan a su sobrino el archiduque Carlos Francisco José, hijo de su hermano el archiduque Otón fallecido hace ocho años.

LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL

DE COLONIA

En Colonia celébrase actualmente una Exposición Industrial verdaderamente importante porque en ella se pone de manifiesto el grado de adelanto y de prosperidad que las diversas ramas de la industria han alcanzado en aquella hermosa capital.

Entre los edificios que en dicha exposición figuran merecen citarse particularmente los dos que reproducen los adjuntos grabados.

El pabellón que se titula «La casa de la mujer» ha sido construido por una arquitecta, la señora Knuppeholz Roerer y las instalaciones interiores han sido dirigidas por la señora Oppler Legband, de Friburgo, y la señorita Keish, de Berlín. Las tres han salido de una sencillez y sobriedad extraordinaria, resulta bello y armónico en sus líneas; y en cuanto al interior, reúne todos los encantos y atractivos de un hogar moderno, siendo en él los muebles, adornos, accesorios, etc., etc., de un confort y gusto verdaderamente irreprochables.

El otro edificio, «Palacio de las fiestas», es un teatro y en algunas cosas anfiteatro.

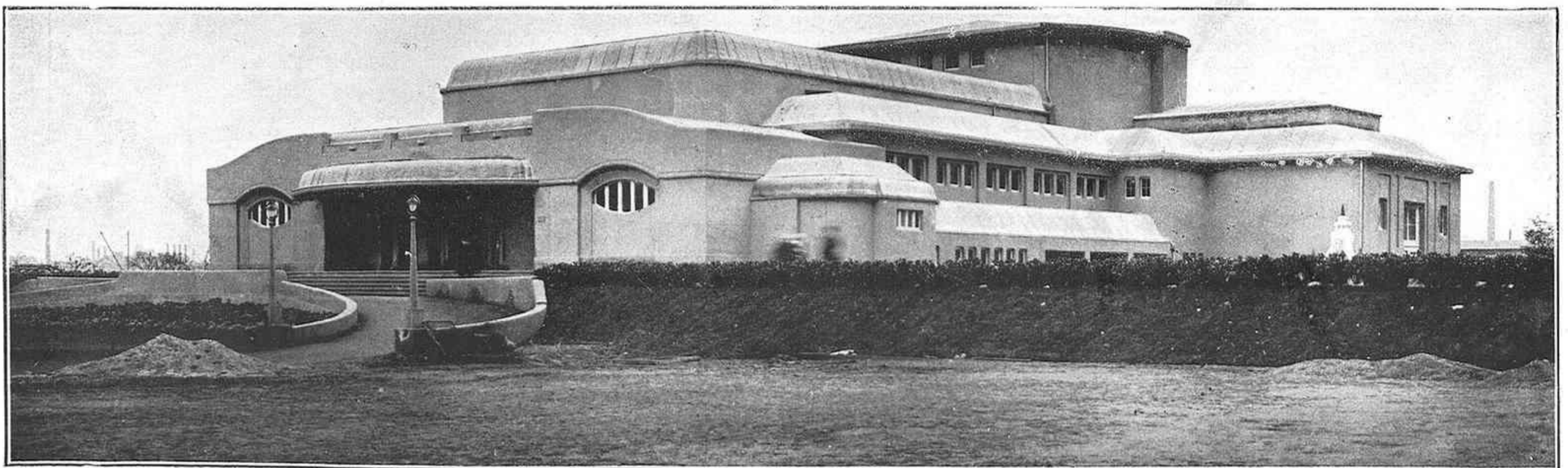
Construido según los planos del arquitecto profesor Enrique Van der Velde, ocupa una superficie de 1.800 metros cuadrados; el escenario tiene 17 metros de ancho por 13 de profundidad.

A ambos lados del teatro hay grandiosos jardines que comunican con los vestíbulos interiores por numerosas salidas.

Esta construcción ha sido levantada sobre un dique del Rin destinado a proteger la ciudad contra las frecuentes inundaciones de este río; y esta circunstancia explica claramente el aspecto raro que en conjunto ofrece el magnífico edificio.



Colonia. Exposición Industrial. - Vista de «La casa de la mujer»



Colonia. Exposición Industrial. - Vista del «Palacio de las Fiestas». (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Reservábanles su mesa en la cervecería donde comían y la misma camarera, servicial y solícita, les presentaba la lista de lo que habían de comer. Ellos habían descubierto cierta ensalada de achicorias, de patatas y de cebollas cortadas, que les gustaba extraordinariamente. En cuanto entraban, la criada corría a su encuentro y al inscribir lo que pedían, decía siempre:

- A los postres, la ensalada como todos los días ¿no es eso?

A ambos placiales sobremanera el hallar siempre reservado su sitio, el tener gustos regulares y costumbres de habitantes antiguos. Dejaban allí las horas y los días en el olvido más absoluto del universo.

El aire era muy vivo, la nieve cubría la cima de las montañas, las estufas de loza echaban chispas. Alegres, con paso vivo y ligero, trepaban hasta las rojizas ruinas del castillo, dejándolas atrás para internarse en el bosque; otras tardes conducíanlos su capricho a las orillas del Neckar.

Llegó un día en que la nieve envolvió en su blanco sudario a toda la villa, fundiéndose a poco para volver a caer después.

Numerosos grupos de *skieurs* invadían el funicular que subía a la cumbre de la montaña.

Siempre solos, Magdalena y Andrés bastábanse a sí mismos.

Magdalena, sin embargo, pensaba en el Catois. Poco tiempo después de la partida de sus hijos, la señora de Crayán había dado, en la propiedad del Sr. Silviano, con un pabellón bastante alejado de la residencia principal y que el Sr. Silviano tenía deseos de alquilar.

Andrés, sin indicarle que lo alquilara, sin indicarle la fecha de su regreso y al hacerle notar Magdalena, replicó que no tenían ninguna prisa. Durante el viaje de novios no pronunció ninguna palabra acerca de sus proyectos. Parecía haberlos suprimido de su existencia, lo mismo que su aparato. No era dueño de su espíritu más que el amor.

Pacot le escribió dos veces quejándose de su ociosidad. Andrés rióse de sus lamentaciones. Pero Magdalena se inquietaba secretamente. Quería ser la mujer que excita las energías del varón y no la que las adormece... Pero esa joven amaba y el amor barría todas estas inquietudes.

Una mañana de diciembre, en que a pesar de un sol de invierno soplabá una fresca de primavera, mientras que desde la terraza del castillo contemplaban el valle, un aeroplano pasó volando por encima de ellos. Magdalena fué la primera que oyó el ruido del motor.

Designándole aquel punto que manchaba la limpidez del cielo exclamó:

- ¡Un aeroplano!..

Era un hermoso biplano que llevaba el rumbo del Rin.

Andrés lo miró y de repente la sangre afluyó a sus pómulos.

Y volviéndose de pronto a Magdalena, la dijo secamente:

- Esta noche saldremos para París.
Bajaron a la villa sin comprender Magdalena el mutismo de Andrés.

Su extremada docilidad conmovió a su Andrés.
- Yo también me sentía muy dichoso.
Y añadió en seguida con inquietud:

- ¿De veras no te espanta la soledad del Catois?

Lejos de temerla, Magdalena la deseaba. El la oyó incrédulo sin manifestárselo. Pidió, al *maitre d'hôtel*, la cuenta, y la pagó, consultando después una guía...

Un tren los pondría, a las siete de la tarde, en Estrasburgo, y a las cinco de la mañana del día siguiente, en París; de modo que podían estar por la tarde en el Catois. Como que Magdalena tendría que hacer seguramente algunas diligencias en París, él saldría en seguida para Picardía.

Magdalena protestó; la señora de Crayán había enviado ya al Catois toda la ropa de casa, los vestidos y los muebles necesarios. Magdalena quería llegar al Catois con su marido; Andrés accedió; ella se sorprendió y su mismo apresuramiento le conmovió.

- Seguiremos siendo dichosos, ¿no es cierto, Magdalena?, dijo con voz trémula, atrayéndola hacia sí.

Ella se sorprendió tanto, que no pudo balbucear más que estas palabras:

- ¡Vaya una pregunta!.., ¡vaya una pregunta!

El día terminó tristemente. Andrés, preocupado, hablaba poco, y Magdalena comprendía que él la ocultaba sus pensamientos.

En el tren, volvieron a asaltarle todas las objeciones que Andrés, en un tiempo, había esgrimido victoriosamente en el Catois contra el matrimonio, y con mucho más fuerza, puesto que estaba casado.

Andrés iba pensando en Magdalena. Acostumbrada, hasta la muerte de su hermano, a la riqueza y a los pla-

ceres, ¿tendría la resignación suficiente, a pesar del carácter serio que había descubierto en ella, para confinarse en aquella apartada aldea, sobre todo cuando el invierno acorta los días y devasta y entristece el campo? ¿Tendría que sufrir el dolor, de verla roída por el tedio, y consumida por la tristeza, no sabiendo en qué ocuparse? ¿No echaría de menos la vida independiente, que hubiera podido crear-se, por medio de su trabajo, en París?

Se ama, y no se escucha más que la voz del amor; todo parece fácil y bello, y después la dura realidad disipa todos los ensueños.

Andrés pensaba también en sí mismo; ¿qué trastornos ocasionaría en su existencia aquella mujer joven, bonita, y que él amaba tanto? Un funcionario a quien atormenta la única idea de su ascenso, tiene a su mujer al corriente de sus vulgares ambiciones, y su mujer le ayuda a menudo, con habilidades mundanas. Una mujer puede ser útil también a la ambición de un artista, pues a menudo el triunfo de un escritor, de un pintor, de un músico no se conquista sin intrigas. Pero tratándose de sí, su peligrosa victoria no dependía más que de su mismo; él no esperaba ya nada más que de su inteligencia y de su valor.

¿Qué ayuda podía prestarle Magdalena? Al contrario; ¿con su ternura, que no desea más que alejar



... permaneció inclinada hacia el fuego, iluminando su rostro el resplandor de la chimenea

XIV

Andrés acababa de despertarse.

Hacía tres meses que no estaba más que dominado por el amor, que enternece el espíritu, suspende la energía y quiere ser el único soberano, el terrible amor siempre temido, que aquella vez no solamente le vencía sino que le encadenaba. El huyó del amor y el amor fué a buscarle hasta su apartado retiro, desvaneciéndose ante su magia todo lo que no era él. Una mujer vivía a su lado, su mujer que nunca le abandonaría, a quien él amaba, y por cuyo amor, en la embriaguez de la dicha, lo había dado todo al olvido.

Andrés bajaba tan apresuradamente hacia la villa que Magdalena seguía le duras penas; al correr hacia Heildeberg, hacia el hotel, hacia su cuarto, corría ya hacia Francia. Un temperamento como el suyo, tan dispuesto a exaltarse a pesar de su aparente frialdad, debía luchar por libertarse del amor con el mismo ímpetu tenaz con que se había entregado a su dominio.

Magdalena le dijo cuando estuvieron en su cuarto:

- Haces muy bien en querer irte... aquí nos retardábamos ya demasiado... Pero como tú no hablabas nunca de nuestro regreso, yo no me atrevía a decirte nada. Me sentía tan dichosa...

del peligro al hombre que ama, una mujer no arroja la indecisión y la duda en un corazón que ella no tiene el derecho de debilitar y enflaquecer? Y si tenía hijos, ¿conservaría la libertad de exponer su vida? ¿no pertenecería acaso, a los que había dado el ser?

Andrés aterrásbase víctima otra vez de sus antiguas teorías. El tren no tenía vagones-camas, pero como iban muy pocos viajeros, Andrés y Magdalena ocupaban solos un departamento, pudiendo Magdalena echarse durante la noche en uno de los divanes.

A pesar de su agitación interior, Andrés velaba su sueño, inquietándose si se despertaba, tenía demasiado calor o molestábase la luz que había amortiguado previamente.

A veces, descorriendo el velo que cubría la lámpara, quedábase contemplándola.

¡Qué hermosa era! ¡Cómo no darla un gran pues en su corazón y en su vida! ¿Sería realmente por amarla tanto la enemiga de su trabajo? ¿No sería, al contrario, por amarle ella tan profundamente la compañera abnegada de sus esfuerzos?

Sin embargo, ella tenía la culpa de que en tantos meses no hubiese existido para él, lo que antes le daba el orgullo y la alegría de vivir.

La señora de Crayán, que estaba a la sazón en París, quedóse estupefacta del pronto regreso al Catois de Magdalena y su hijo.

— ¿No podrías, le sugirió ella, vivir en París e ir una vez o dos por semana al Catois? ¡Es atroz condenar a una mujer joven a ese destierro!

— Con Andrés, respondió Magdalena, no será ningún destierro para mí.

Ella tenía el mismo interés que su marido en partir inmediatamente. Así lo afirmó irritando casi a Andrés. Instintivamente percibió que su independencia estaba comprometida.

— ¡Ah!, Sr. Andrés, dijo Pacot en la estación del Catois, por fin se ha casado usted... Uno dice una cosa y hace lo contrario; no hay mayor verdad en el mundo.

Aquel hombre excelente no cabía en sí de gozo. Magdalena había estrechado la mano, diciéndole unas cuantas frases lisonjeras... Ella sabía que estaba casado, que tenía dos hijas y el cariño abnegado que sentía por Andrés... No, no tenía nada de orgullosa.

El acompañólos hasta el pabellón del Sr. Silviano en donde la señora Pacot, ayudada por la tía Picquet, lo había preparado y dispuesto todo, según las órdenes de la señora de Crayán.

Un camino, que atravesaba el parque dejando el castillo bastante lejos hacia la derecha, conducía al pabellón, y desde su terraza, a cuyo pie corría el Somme, avizorábase la roja inmensidad de los pantanos.

La señora Pacot, con servicial solicitud, les enseñaba las habitaciones.

La señora de Crayán había seguido al pie de la letra las indicaciones de Magdalena, aunque pertenecía a una época en que privaban los pesados cortinajes y las tapicerías. Todo era sencillo, pero confortable; cómodos muebles ingleses alineábanse en línea recta, entreverados con algunos antiguos. Sin embargo esta morada tan atractiva y elegante no fue del gusto de Andrés.

Magdalena, que apenóse al notar lo, le hizo ver que ella no había propuesto nada a que él no hubiese consentido. Andrés pensaba en aquella casita en donde entró una mañana de mayo tan rebotante el alma de esperanza y en donde sufrió todas las fiebres y todos los desalientos.

Supersticioso como era abrigaba el recelo de que al abandonarla no perdiese también las probabilidades del triunfo. No hubiera debido desertar de ella sino en el día de la victoria y eso para conservarla precisamente como si fuera una reliquia...

¿No se lo había jurado a sí mismo?... ¡Qué cambio tan grande en tan poco tiempo!.. Ya no era el de antes.

¡Ah!, al menos que guardase en su memoria como una imagen siempre presente aquella casa de aldea, cerca de la esclusa.

El no quería aquella cama dorada, aquel espejo de caoba barnizada, aquella cómoda de marquetería que alhajaban su dormitorio contiguo al de Magdalena..., él quería su cama de hierro, su vieja cómoda de pino, su lavabo de madera blanca, como en su cuartito de antaño... Magdalena no contrarió su original deseo.

Había llovido toda la semana. Las hojas rojas de los álamos pudríanse en los senderos invadidos por el agua y la fangosa turba pegábase a la suela de los zapatos.

A orillas del Somme los sauces, de los que habían podado las ramas reflejaban en la linfa del río sus troncos sombríos.

— Tengo miedo, dijo Andrés a Magdalena, de que te entre aquí tristeza.

Era un temor sincero, pero deseaba también que Magdalena manifestase algún recelo.

— ¡Ah!, replicó ella alegremente, yo adoro mucho el campo.

¡El campo sí!, el campo que ilumina y dora el sol, en donde todo es verde y amarillo, con mañanas claras y luminosas y noches llenas de estrellas.

Magdalena no conocía más que el campo de cuando se veranea, y por el cual las jóvenes se pasean con trajes ligeros y sombreros de paja adornados de rosas; pero el campo que empapa la lluvia, con cielos bajos y grises, en donde la luz muere tan pronto y nace tan tarde, el campo sucio, entumecido y glacial, ése sí que no lo había visto nunca.

El corazón conmuevese a veces ante una naturaleza desolada y la imaginación se excita, pero quedarse en ella y sentir agrado eso no se ha hecho para una mujer joven.

Desde su llegada Andrés pasaba toda el día en el taller.

Muy tiernamente previno a Magdalena que se pondría a trabajar en seguida, pues había perdido mucho tiempo. Temía, a la vez que no ser muy explícito, hablar con demasiada claridad.

Habiendo salido a las siete de la mañana no volvió más que para almorzar yéndose en seguida que hubo tomado el café y no volviendo hasta ya casi entrada la noche.

Magdalena preguntóle si estaba contento y si había trabajado mucho.

El la dió algunos pormenores insignificantes y en seguida, a causa de su deseo instintivo de que ella no se inmiscuyese en su trabajo, cambió de conversación, preguntándole lo que había hecho ella.

Magdalena había recorrido todo su dominio: primero el pabellón, desde el sótano al granero; luego al jardín y después el parque; había cambiado algunos muebles de sitio, echando de menos muchas cosas que pensaba encargar al día siguiente...

Proponíase criar gallinas y patos, pues además de ser cosa útil en el campo, serviría de distracción. Figurábase que no era muy fácil de provisionarse pues el carnicero no mataba más que una vez por semana y lo que era aún peor animales muy viejos... tendrían que comprar la carne en Amiens.

Andrés, tranquilizado, escuchaba aquellos detalles domésticos. Magdalena había estado también en casa de los Pacot. ¡Qué gente tan buena! La señora Pacot hacíase lenguas de Andrés.

Andrés contóla, a su vez, la llegada de Pacot, los primeros pasos de la pequeña Josefina, y las horas de reposo y de calma que había pasado en su casa.

Al fin de la velada, Magdalena le dijo:

— ¿Cuándo me enseñarás tu taller?

El replicó molesto y contrariado:

— No es un sitio propio para ti... Además, ¿qué ibas a ver allí? Herramientas, piezas de acero, aceites... No es un espectáculo muy interesante para una mujer.

Ella le miró sorprendida.

— Me interesaría porque es tu taller.

Como él no dijese nada, añadió:

— La señora Pacot, que no es más que la simple mujer de un obrero...

— La señora Pacot, dijo él sin dejarla acabar, es la señora Pacot.

Y levantándose la besó en la frente.

— Yo te aseguro que no te interesaría absolutamente.

No obstante, al día siguiente, como si tuviese remordimientos, la instó para que le acompañara al taller.

Como ella estaba resentida de su negativa de la víspera, que no se explicaba, buscó un pretexto para no ir con él y Andrés no insistió.

Pocos días después Magdalena recibió la visita del Sr. Silviano que la invitó a comer en su casa con su marido.

Ella aceptó en principio, a condición de averiguar antes si Andrés estaba libre.

Andrés no ocultó su descontento.

De soltero había evitado siempre cuidadosamente entrar en relaciones la mismo con el Sr. Silviano que con el alcalde, que eran dos enemigos políticos, pues no quería afiliarse a ningún partido. El alcalde terminó por no ocuparse más en él. Si Andrés aceptaba la invitación del Sr. Silviano el alcalde lo sabría, volviendo a comenzar su hostilidad.

No obstante, ¿cómo rehusar?

Al mismo tiempo, Andrés temía encontrarse en casa de los Silvianos con algunos castellanos de los alrededores que a su vez los invitarían.

Pero si estas relaciones de vecindad le distraían de su trabajo en cambio procurarían a Magdalena

seguramente un remedio contra el probable aburrimiento.

Magdalena no se aburría aunque Andrés estuviese convencido de todo lo contrario. Andrés acabó por aceptar realizándose por fin lo que él tanto temía y deseaba.

En casa de los Silvianos, Magdalena volvió a ver a una mujer joven a quien había conocido años atrás en París de soltera, que se llamaba la señora Le Bienne y vivía en una propiedad distante unos cien kilómetros del Catois. La señora Le Bienne invitó a Magdalena y a Andrés y como no tenían coche mandó a buscarlos en el suyo.

Esta invitación trajo otras consigo. La señora de Crayán al enterarse les mandó un automóvil con un mecánico. Desde entonces no tuvieron motivo para rechazar las invitaciones, teniendo ellos que hacerlas a su vez.

A menudo, al regresar Andrés por la noche un poco más temprano de su taller, debía vestirse para asistir a alguna comida en su casa o en la de nuevos amigos. Entonces acordábase de su vida solitaria de antes, de sus comidas con Rouard, servidas por la tía Picquet, de sus conversaciones con los Pacot y sus paseos a orillas del Somme.

Se había retirado al Catois, huyendo del mundo. ¡Donosa ocurrencia la suya! Y amargamente burlábase de las gentes que iba a saludar y de las conversaciones que iba a oír.

— Pero ¿por qué las aceptas? Te sería tan fácil poner como pretexto la fatiga o el trabajo.

— Lo hago por ti.

Magdalena protestaba: ¡por ella! y lo que ella quería era estar al lado de Andrés, al amor de la chimenea.

Andrés sonreíase irónicamente...

Un matrimonio no podía estar unido si el marido y la mujer no se hacían mutuas concesiones... Era muy natural que Andrés hiciera lo posible para que no se aburriese Magdalena.

Una tarde que estaba trabajando en un reducido despacho que había amueblado recientemente junto al taller, oyó que Pacot hablaba con alguien.

Empujó la puerta; era Magdalena.

Andrés apenas hizo nada para disimular el mal humor que le causaba su inesperada presencia.

— Pasaba por aquí y he entrado, le dijo ella intimidada de súbito.

Andrés levantó la falda de Magdalena que se había manchado de aceite.

— ¿Lo ves? Ya te has echado a perder el traje, le dijo.

Pacot, desconcertado, miraba a los dos.

Como Andrés se refugiara en su gabinete se acercó a la joven.

— Yo creo, señora, que podría quitarla esa mancha con un poco de bencina.

Y sin perder tiempo, mojando un trapo, arrodillóse ante ella.

— Ya se ha ido señora.

Los ojos de la joven estaban completamente llenos de lágrimas.

— ¡Bah!, señora, no se aflija usted, le dijo con brusca sinceridad. El patrón está hoy de mala luna. Eso le pasa a veces... Un día que él no esté aquí yo la enseñaré el taller y el hangar, si usted lo cree conveniente.

Magdalena no le contestó.

XV

Magdalena no se sorprendió cuando Andrés en Heidelberg, a la sola vista de un aeroplano cruzando el cielo, había apresurado su regreso. Ella alegróse también mucho, pues la ausencia prolongábase demasiado.

Pero, ahora por muy dichosa que fuese Magdalena, echaba de menos a menudo aquellos hermosos meses pasados fuera de Francia y consagrados únicamente a los dulces cuidados del amor.

Por su gusto ella se hubiera instalado en el Catois inmediatamente después de su casamiento. No la sorprendieron tampoco ni el mutismo de Andrés durante el último día que pasaron en Heidelberg ni sus profundas meditaciones en el tren, en el trayecto a París.

Andrés debía de pensar en sus interrumpidos trabajos, en nuevas tentativas.

¿Había nada más natural?

Magdalena, por su parte, regocijábanse al verle entregado de nuevo, completamente a sus antiguas ocupaciones.

¡Por fin estaban en el Catois!..

El agua gris de los estanques reflejaba el cielo gris. Ya no se veía a los hornagueros encaminarse al trabajo ni a los pastorcillos reuniendo el rebaño;

únicamente percibíanse las siluetas de algunos cazadores en acecho detrás de los marcos de las ventanas de sus chozas, y de cuando en cuando resonaban las detonaciones de las escopetas y los gritos angustiados de los patos.

En aquella mísera y desolada aldea de la cual subía el olor resinoso de la turba quemada y que era ahora el nido de sus amores y el asilo de sus esperanzas y de sus comunes esfuerzos, Magdalena sería la confidente, la amiga fiel, la que consuela y reconforta.

No cambiaría su pabelloncito por un palacio en París.

Transcurrieron dos semanas.

Distraído con el arreglo de la casa, Magdalena no notó al principio el cambio que, con respecto a ella, habíase operado en la actitud de Andrés. En realidad este cambio no tenía importancia alguna.

Andrés pasaba todo el día en el taller; era natural que por la noche, a causa de la fatiga, se mostrase poco locuaz o le contrariase el tener que ir a comer en casa de algún amigo...

Además, de cuando en cuando tenía siempre esos violentos arrebatos con los cuales expresaba su pasión, en los comienzos de su matrimonio, sino que ahora eran más frecuentes y repentinos...

Y una vez pasados aquellos arrebatos, volvía a quedarse silencioso, sombrío a veces.

Otra mujer se hubiese contentado quizás con aquellas muestras exteriores de amor, y distraída con sus relaciones de vecindad y con el gobierno de la casa, se habría tenido por dichosa; pero Magdalena dióse cuenta inmediatamente de que entre ella y su marido no existía ya aquella armonía que les había hecho tan deliciosa su estancia en Heidelberg.

¿Por qué motivo cesó en cuanto volvió Andrés a su trabajo?

La materialidad de la vida conyugal, en donde Magdalena no sentía vibrar junto a la suya el alma de Andrés, dejábala poco satisfecha con un poso de melancolía.

Magdalena ignoraba todo lo que hacía Andrés, todo lo que inquiría y por lo que luchaba; si estaba lleno de confianza o desesperanzado, si había inventado otro nuevo aparato o ceñíase al antiguo.

Magdalena pensó en interrogar a la señora Pacot, pero avergonzose de que vieran la ignorancia en que la mantenía su marido. Además creía que aquel estado de ánimo del inventor era pasajero y que no había que exigirles a hombres como Andrés la inalterabilidad del humor; que es tan fácil en los demás.

La casualidad vino en su ayuda un día que estaban invitados a comer en casa de los Bienne.

Los hombres, después de haber tomado el café, prolongaron con tan escasa galantería su estancia en el fumadero, entretenidos en su conversación, que la señora Bienne y Magdalena decidieron ir a buscarlos. La discusión era calurosa.

Magdalena, al entrar en aquella habitación sobre la que se cernía una espesa bruma, causada por el humo de los cigarrillos, distinguió la voz algo hiriente de su marido:

— En cuanto a mí, caballero, decía en aquel momento, declaro que mi trabajo no pertenece más que a mí, exclusivamente, y que no permito que nadie se entrometa ni inmiscuya en él.

— ¿Ni tampoco su mujer?, preguntóle su interlocutor.

Andrés, que vio a Magdalena, no dijo nada.

Fué un mes antes cuando él acogió tan mal su presencia en el taller.

Magdalena pensó entonces que no le gustaba que le molestara con una fútil curiosidad. Pero después de oírle no podía dudar acerca del criterio que tenía en aquellas cosas.

Andrés dividía su vida en dos partes muy distintas: una que consagraba a su taller inviolable, y otra a su casa.

Entre ambas no aceptaba nada de común.

Como que Magdalena no conocía el pasado de Andrés, sino en sus líneas generales — el pasado de un hombre audaz y aventurero que busca la senda por donde debe marchar en la vida — llegó a imaginarse que después de haber cedido a los impulsos de su corazón, volvería a considerarla como un ser frívolo que no podía comprenderle, ni tomar parte en sus empresas.

La razón de orden general que determinaba esta conducta era lo que no acertaba a comprender Magdalena.

¿Y cómo podía discernirla, ella, que no veía en el amor más que la unión íntima de todos los sentimientos y de todos los esfuerzos?

Pero así como ni en un gesto ni en una queja demostró el pesar que la había causado la escena del

taller, nada tampoco delató la claridad que había derramado en su espíritu la frase oída en el fumadero.

Siempre que Andrés se irritaba contra las pesadas obligaciones que les imponían sus amistades, ella manifestábase siempre pronta a renunciarlas sin protestar.

Si le veía alguna vez pensativo no le preguntaba nunca:

«¿En qué piensas?»

Porque la horrorizaba sobremanera su odiosa respuesta:

«En nada.»

Y sobre todo aquel beso compasivo con que rozábalen en seguida la frente, figurándose obtener así su perdón.

Magdalena simuló desinteresarse en absoluto de sus trabajos, pero resuelta a ser para su marido lo que antes era, esperó una ocasión que le fuese favorable.

La primavera matizó de plata los grandes árboles y reverdeció las ramas nacientes de los sauces.

Y otra vez volvieron a resonar por las mañanas los cuernos de los humildes pastorcillos al atravesar la aldea.

Después llegó el verano.

Andrés ausentábase a menudo. Se iba a París, a Reims o a Etampes y estaba fuera toda la semana. De estas rápidas excursiones no daba a su mujer nada de su parte, sabía muchas cosas, por casualidad, siempre que hablaba amigablemente con la señora de Pacot.

De esta manera supo que Andrés estaba haciendo infructuosos ensayos para transformar en tracción vertical la tracción horizontal de una hélice.

Por no avergonzarse demostrando su ignorancia, Magdalena no se atrevía a interrogar a Pacot, llevando su delicadeza hasta el extremo de darle una negativa seca y rotunda, una tarde que aquel excelente hombre se prestó a enseñarle el taller con todos sus útiles y accesorios.

¡Cuán rápida transcurría la vida a pesar de su tristeza!

Llenábanla insignificancias hechas con regularidad fuera de la casa: las visitas a los pobres, los caritativos cuidados a los niños menesterosos, la asistencia que les prestaba activa y discreta.

En aquella aldea sin médico ni farmacéutico Magdalena hacía las veces del uno y del otro; buscábanla siempre mientras mandaban un hombre a la población cercana.

Magdalena conocía las casas y todos sus habitantes y su corazón afligido encariñábase con aquella aldea perdida.

La señora de Crayán que de cuando en cuando aparecía por el Catois, maravillábase siempre con la misma vivacidad de que una mujer pudiese vivir allí, atribuyendo a aquel triste destierro la melancolía de que estaba poseída Magdalena.

La señora de Crayán creyó que era preciso distraerla, llevándosela a pasar todo el mes de agosto a una playa del Norte, a donde acompañólas gustoso Andrés.

Magdalena poseyó entonces a su marido como no le había poseído en su viaje a Alemania; pero su altivez la impidió ejercer en su ánimo una seducción que le obligara a espontanearse con toda sinceridad. Le amaba demasiado para emplear medios ruines y bajos en la conquista de su espíritu.

De vuelta al Catois la vida volvió a seguir su curso acostumbrado, mientras que caían las hojas, aullaba el viento a través del pantano y el cielo lívido cargábase de amenazadoras nubes.

El invierno trajo consigo a los cazadores; bajaban del tren durante la noche, animaban por un instante la dormida aldea, encerrábanse en las chozas y luego en cuanto asomaba la aurora por el Oriente, ocultos tras las aberturas turbaban con sus ruidosas detonaciones el hondo silencio de los estanques.

Los vuelos triangulares de los patos silvestres rasgaban el espacio.

¿La vida se repetiría así cada año?

La tristeza de Magdalena trocóse en una especie de rebelión. Ella no se doblegaría más a un papel que si había aceptado hasta ahora era con la esperanza de que pronto el mismo Andrés, la libertaría de su humillante desempeño.

En una mañana de enero Andrés la anunció que pasaría en Amiens toda la tarde.

Magdalena resolvió en el acto irse al taller.

Al salir del pabellón se encontró en la alameda con Pacot y su mujer.

Los dos avanzaron hacia ella y la saludaron muy turbados.

— ¿Qué pasa?, preguntó Magdalena.

— Nada, señora, dijo Pacot, dándole vueltas a la gorra entre ambas manos, que el patrón se ha ido a Amiens y no volverá hasta las seis.

— Y dió un codazo a su mujer.

— Díselo.

La señora de Pacot, más valerosa, no se anduvo con rodeos.

— Señora, Pacot quisiera enseñarla a usted el aparato.

— ¿Está ya terminado?

— Casi, dijo Pacot.

— Pero ¿cuándo lo han construido?

— Hace dos meses que trabajamos en él..., tartajó Pacot. No falta más que fijar un ala y estaremos al cabo de la calle... Yo creo que esta vez yo debía..., era preciso..., en fin quisiera enseñárselo a usted...; pero tengo miedo de desagradarla... He consultado a mi mujer..., y piensa lo mismo que yo... Entonces yo la supliqué que me acompañara hasta aquí.

Magdalena, silenciosa, le siguió.

En el interior del taller, en donde no había la única que entró Magdalena más que herramientas, un yunque y piezas de acero, enderezábase ante ella un aeroplano sobre sus ruedas, nuevecito, pero armado de un ala única, grande, brillante, encorvada, mientras que la otra apoyábase de pie contra el muro.

Magdalena contemplaba estupefacta aquel trabajo de todo un año que le había mecido Andrés.

— Explícale a la señora el mecanismo, aconsejó la señora Pacot a su marido.

— Señora, la cosa no puede ser más sencilla. Hay un tubo de acero al que van ajustadas todas las piezas y un poderoso motor. Las ruedas movibles deslízase sobre las superficies portátiles. Por medio de este martinete desplégase de abanico... La hélice como usted ve es horizontal..., pues bien, en el aire podrá ejercer una tracción vertical... El Sr. Andrés ha sido el que ha inventado esto... Se levanta esta palanca así...

Una cólera dolorosa contraía el rostro de Magdalena mientras hablaba Pacot.

Pacot continuaba explicándole el maravilloso mecanismo del aparato...

De cuando en cuando la señora Pacot metía su cuarto a espadas.

— Veo que está usted muy al corriente, señora, observó tristemente Magdalena.

— ¿No ve usted, dijo la señora Pacot mirando cariñosamente a su marido, que Pacot me habla todos los días del aparato?

De pronto ella la pidió permiso para irse.

La llamaban sus hijas.

— ¿De modo, Pacot, que ya está terminado el aparato?, le preguntó Magdalena.

— Sí, no hay más que colocar la otra ala y...

Interrumpióse inquieto, pero, sin embargo, después añadió:

— Se le ensaya.

— ¿Se le ensaya?... ¿Cuándo?

— Pasado mañana.

— ¡Ah! esto es demasiado.

Este grito brotaba de un corazón dolorido.

¡Claro está que Andrés ensayaría el aparato, puesto que ya estaba listo!..

Magdalena no había pensado en ello, trastornada al descubrir lo que Andrés la ocultaba durante tanto tiempo...

Sí, no cabía duda, Andrés iba a ensayar el aparato, a afrontar la muerte y nada la había dicho... Pasado mañana hubiérase despedido de ella, dándole el indiferente beso de costumbre y ella le habría visto partir, ignorante de todo, para no volverle a ver quizás más que muerto...

¡Ah! era abominable!

— ¿No la ha dicho a usted el Sr. Andrés cuándo quería ensayar el aparato?, le preguntó Pacot.

Magdalena hizo grandes esfuerzos para dominarse.

— No me había dicho el día exacto.

Y añadió después:

— No es difícil subir al asiento, ¿no es eso? ¿Se sube por aquí?..

Como que obscurecía, Pacot hizo girar un botón eléctrico y una luz cruda bañó el aparato, mientras que los ángulos del taller permanecían en la obscuridad.

Pacot la enseñó los dos asientos: el del piloto ante el volante y al lado del pasajero...

No es preciso ser muy alto para izarse por esta especie de escotilla...

De pronto, la puerta se abrió con tanta suavidad que ni Pacot ni Magdalena se percataron de ello y de pie, en la penumbra del umbral, Andrés se detuvo un momento para escuchar.

(Se continuará.)

MELILLA. - BRILLANTES OPERACIONES EN TIZTUTIN Y EL BUCHERIT

(De fotografías de Lázaro.)



Soldado de la policía indígena en servicio de exploración



Guerrilla de la tercera mña de la policía indígena haciendo fuego por descargas contra el enemigo desde la posición de Hangar

Como necesario complemento de las últimas brillantes operaciones realizadas por el general Jordana, que dieron por resultado la ocupación de las alturas de Ziata y de las cuales hablamos en el número 1.691 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se ha efectuado recientemente otra no menos brillante que ha puesto en poder de nuestras tropas los montes llamados de Tiztutin y algunas importantes posiciones del Bucherit.

Sabido es que las operaciones anteriores se habfan llevado a cabo a instancias y con la ayuda de muchos indígenas habitantes en aquella región; que deseaban verse protegidos por nuestras tropas contra las incursiones y los ataques de las tribus levantiscas que viven fuera de nuestra zona. La obra, sin embargo, no había tenido término, porque si bien es cierto que las fracciones que se consideraban a cubierto de las agresiones de las gentes de fuera, merced a nuestros avances, no podían observar una actitud más pacífica y satisfecia, en cambio se notaban síntomas de agitación en los Ulad-Abdain y M'Talza, tribus levantiscas que tienen de antiguo la costumbre de realizar incursiones en nuestra zona con fines de rapiña. De aquí que debiera temerse su acción contra los cabileños puestos bajo nuestro amparo y cuyos bienes y terrenos nos corresponde guardar.

En la actualidad, aquellas tribus levantiscas hállanse entretenidas en la recolección, pero era seguro que en cuanto tuvieran el grano a salvo comenzarían sus golpes de mano contra sus vecinos.

Por esto el general Jordana, que conoce perfectamente el país, sus costumbres y sus habitantes, no quiso esperar a que los Ulad-Abdain y los M'Talza nos atacasen y creyó necesario que nuestras tropas avanzaran de nuevo antes de que, terminadas las faenas de la siega, los rebeldes estuvieran en mejores condiciones que hoy, debiendo este avance tener por objetivo la ocupación de los montes Tiztutin y de los puntos convenientes del Bucherit, macizo que ha sido siempre la base de operaciones de los merodeadores.

A este fin, el general Jordana planeó la operación que con gran éxito se efectuó el 23 del pasado junio, después de haber

sido preparado con el mayor acierto el movimiento de agrupación de fuerzas, que en la noche del 22 al 23 quedaron con-

fuerzas de la policía indígena iban mandadas por el coronel Ardanaz. A las pocas horas estaban ocupadas las posiciones que constituían el objetivo de la operación.

Para que se comprendan la rapidez y la precisión con que ésta se efectuó, bastará decir que cuando los moros pertenecientes a las fracciones de Ulad-Abdain se dieron cuenta de la presencia de nuestras fuerzas, hubieron de huir tan precipitadamente, que no tuvieron tiempo de levantar sus jaimas y muchos de ellos ni siquiera pudieron llevarse a sus familias.

Nuestros askaris respetaron las personas y los bienes de aquellos cabileños y ni siquiera fueron raziadas las gavillas que tenían recogidas en los campos.

Terminadas las obras de fortificación provisional en las nuevas posiciones y una vez abastecidas éstas de lo necesario y guarnecidas de los correspondientes destacamentos, el general Jordana que, después de haber dirigido la operación, las había recorrido todas, ordenó el repliegue, que se efectuó por escalones de una manera verdaderamente magistral, como si las fuerzas estuviesen operando en un campo de maniobras, habiendo marchado a las seis de la tarde a sus respectivos destinos todas las tropas que habían tomado parte en dicha operación.

Esta operación de tan importantes resultados no ocasionó en nuestras tropas más bajas que cinco heridos graves y dos leves y varios heridos de la policía indígena y de las jarcas amigas.



Los generales Jordana y Villalba, los coroneles Ardanaz, Llinás y Sánchez Ocaña, jefes y oficiales en Tiguener viendo cómo la artillería del llano bate al enemigo entre las chumberas y las jaimas

centradas en Kadur, Monte Arrui, Kuriat-el-Ula, Seluán y otras posiciones.

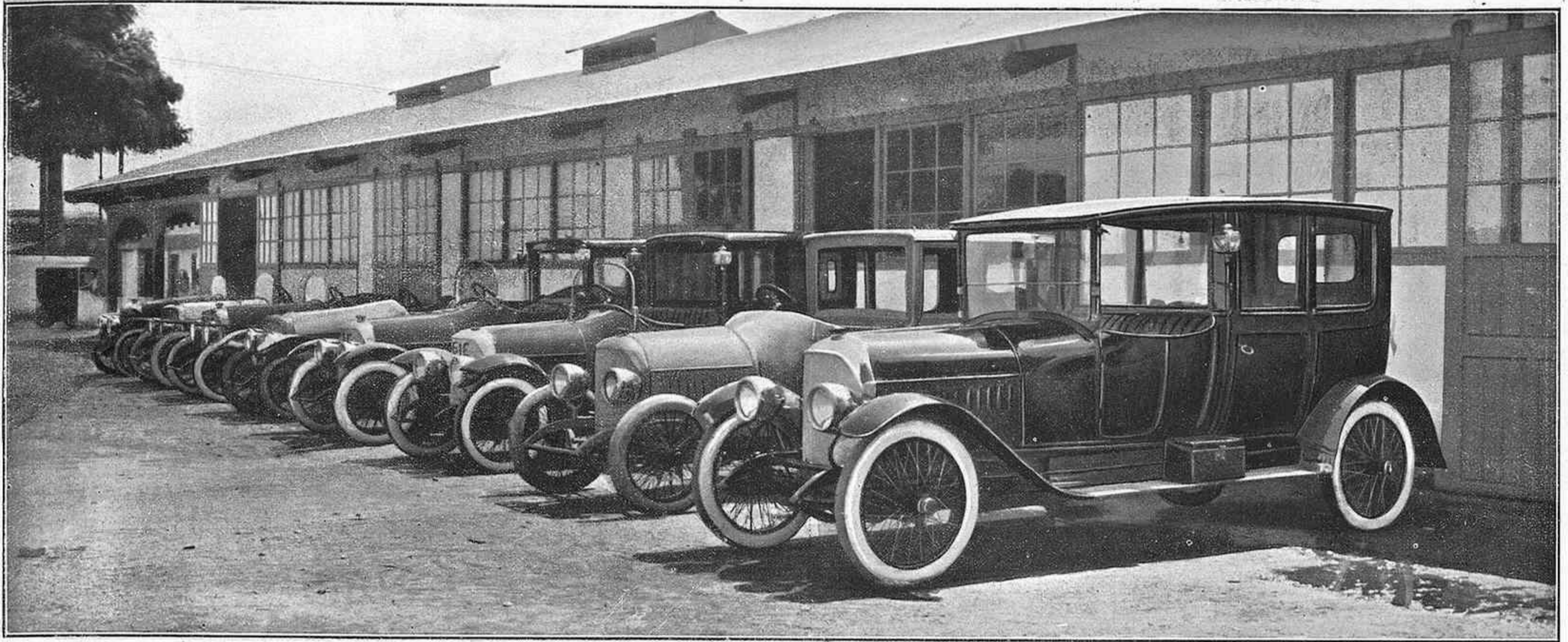
El movimiento de avance comenzó a las tres de la madrugada y fué realizado por la acción combinada de las fuerzas de la policía indígena, del tabor de Alhucemas, de las tropas españolas y de las jarcas amigas de los Beni-Bu-Ifrur y Beni-Sidel. Las



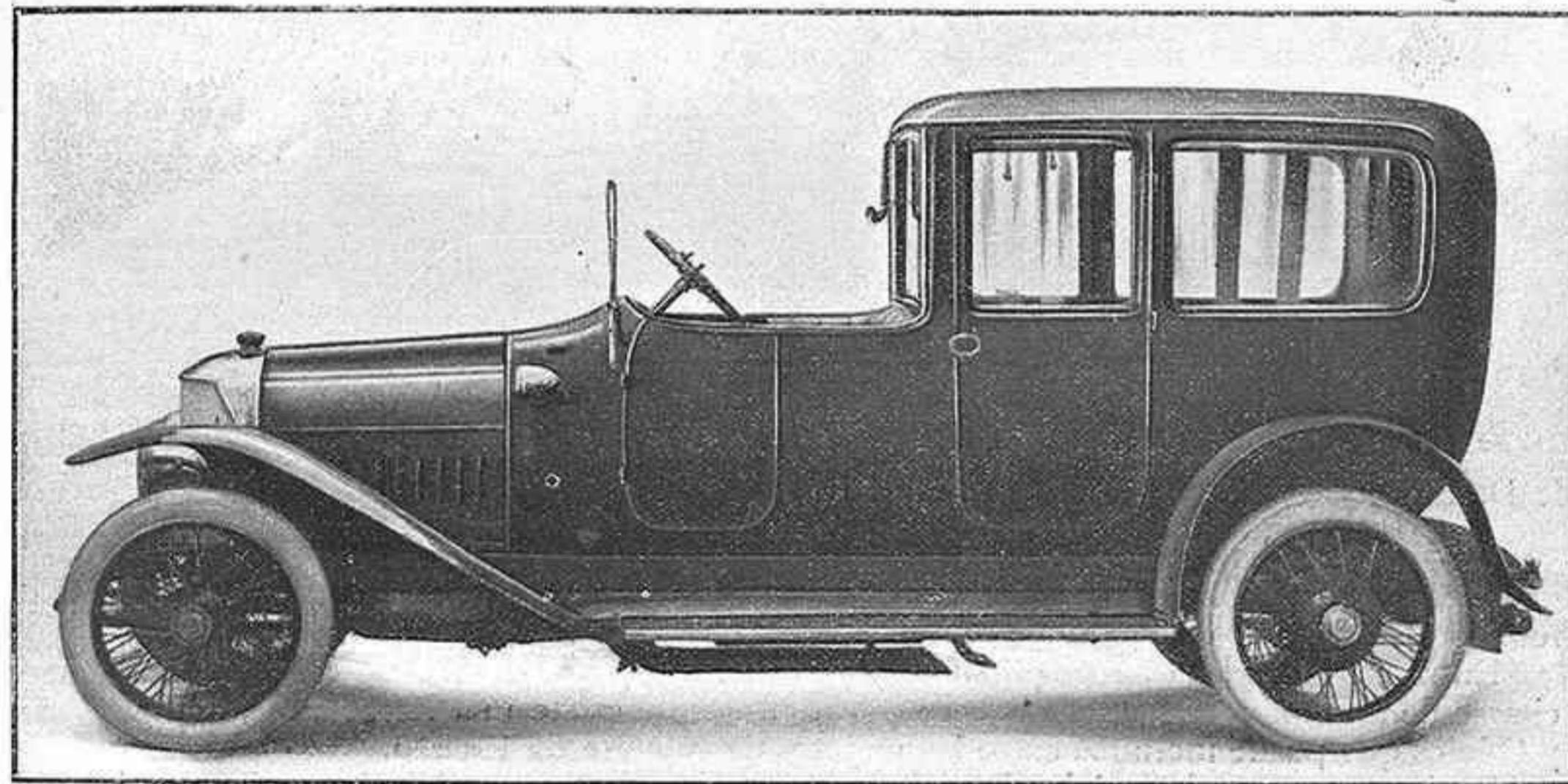
Jaima de Ulad-Abdain, que fué abandonada precipitadamente por sus moradores al presentarse nuestras tropas. - El cheij Mohámed Asmari el Gato, que se batió heroicamente al lado de nuestras fuerzas, y el teniente de askaris Ben-Abd-al-lah, terror del enemigo



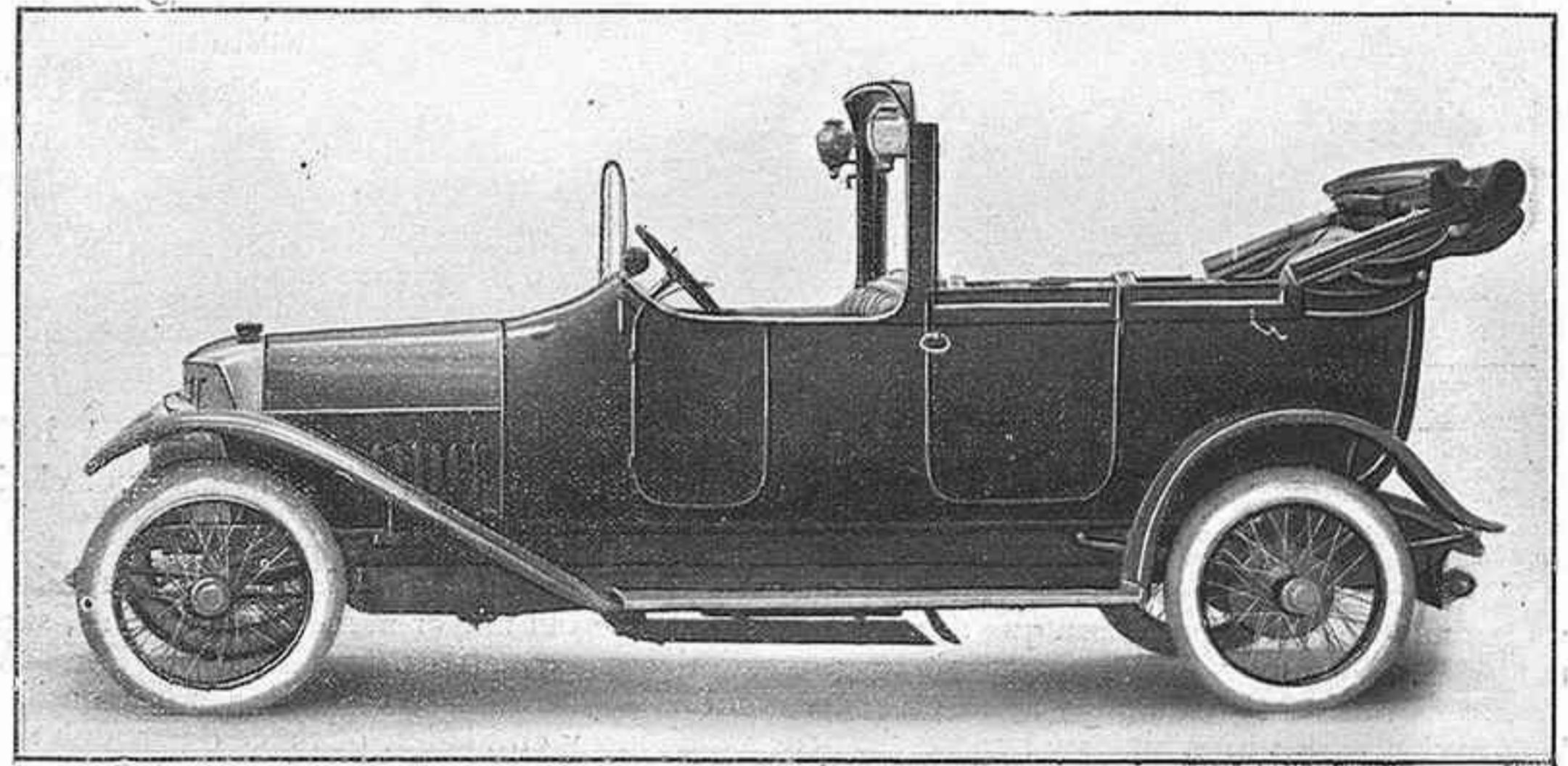
LA NUEVA MARCA NACIONAL DE AUTOMÓVILES ABADAL Y C^ª



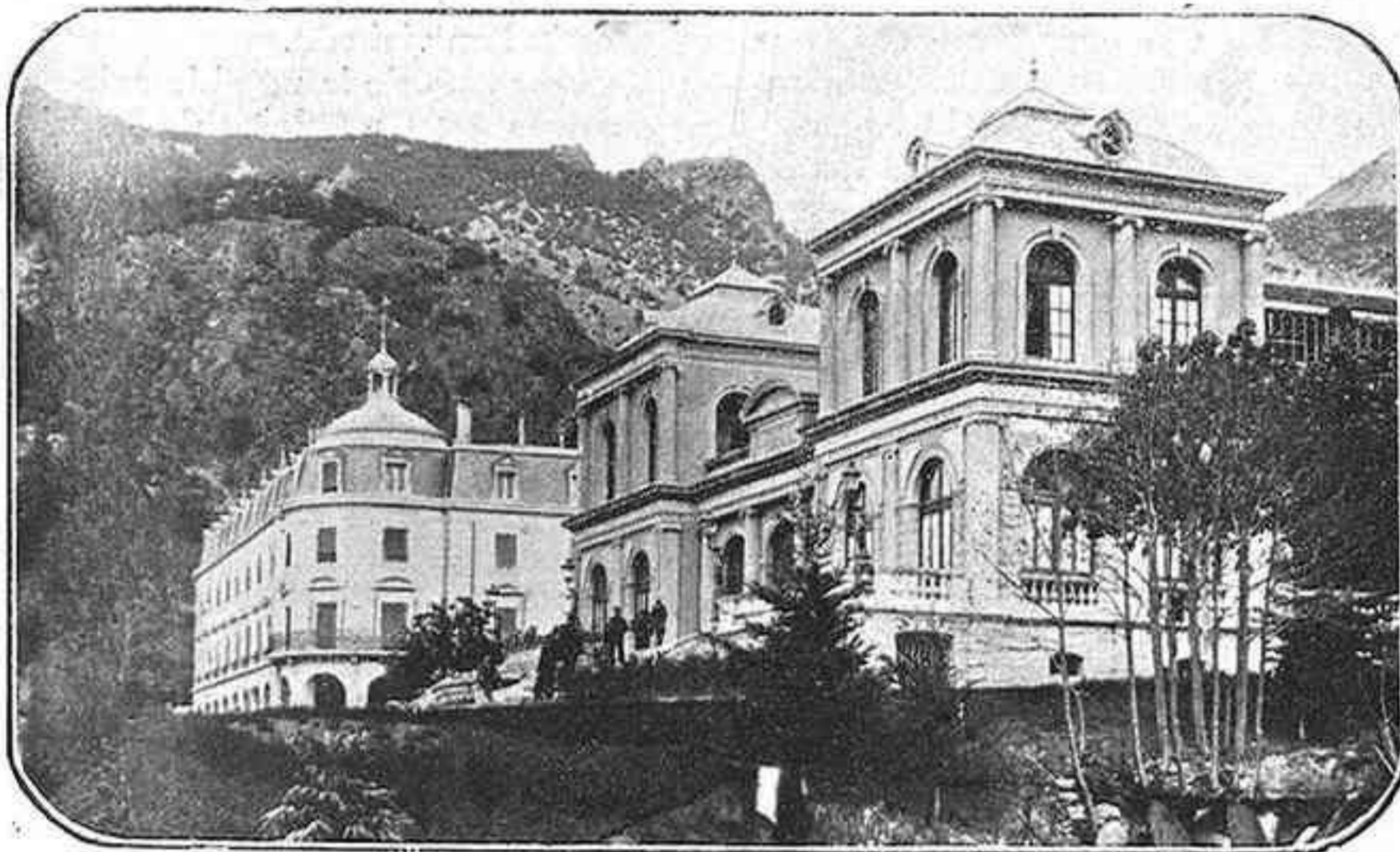
Patio del Taller de Carrocerías de la casa F. S. ABADAL y C^ª, de Barcelona



Modelo ABADAL y C^ª en Limousine-Bombée



Modelo ABADAL y C^ª en Landaulet-Limousine



VERNET-LES-BAINS

EL PARAÍSO DE LOS PIRINEOS

Clima fresco y seco. Aguas sulfurosas sódicas (28° a 66°). Tratamiento de reumatismo, dermatosis, neurosis, afecciones respiratorias, etc.

Establecimientos termales modernos. Hoteles con gran confort moderno. Gran Casino. Juegos varios. Operetas. Concurso hípico internacional. Concurso internacional de tennis, etc.

PÍDASE EL FOLLETO ILUSTRADO (FRANCO) A E. Y O. KIECHLÉ, ADMINISTRATEURS, VERNET-LES-BAINS; PIRINEOS ORIENTALES, FRANCE

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE

El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

Paris

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

8^ª St-Denis, 146

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS

CALICIDA

ESCRIVÁ

ES EL

UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS RES

JORET Y HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^ª G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jabón líquido PRINCESA

Es el más suave y el único que debe usarse para la cara y el cabello. Es el mejor preservativo de las enfermedades de la piel. Insustituible para la toilette de las personas de cutis delicado, especialmente las criaturitas recién nacidas. Nunca irrita. Preciso en todo lavado.

MEALLA DE ORO

DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y PERFUMERIAS IMPORTANTES. DOS PESETAS FRASCO

VENTA AL MAYOR: J. VIÑAS CAMPAÑA. ARAGÓN, 166. - BARCELONA



Badajoz. - Exposición de trabajos ejecutados por los alumnos de la Escuela Municipal de Artes y Oficios
(Reproducción de fotografías enviadas por el alcalde D. Emilio Martínez y González de la Riva.)

De algún tiempo a esta parte nótase de un modo muy visible en toda España un verdadero resurgimiento de la enseñanza, que se manifiesta no sólo en el mayor número de escuelas, sino también en los progresos y reformas de los procedimientos educativos.

No es ya sólo el Estado el que se preocupa con dar mayor impulso cada día a la instrucción; las provincias, los municipios y aun muchas corporaciones y entidades, oficiales o particulares, procuran también por cuantos medios tienen a su alcance fomentar la enseñanza y hacerla accesible a todas las clases sociales, hasta a las más humildes, pudiendo afirmarse que actualmente son pocas las regiones españolas en donde el niño o el adulto de la condición más modesta no encuentren elementos para adquirir, con todas las facilidades apetecibles, conocimientos que antes estaban reservados a jóvenes pudientes o por lo menos de posición un tanto desahogada.

De todos estos progresos en materia de instrucción pública, uno de los más importantes es el que representan las escuelas de artes y oficios, porque en ellas, como en ninguna otra, se extienden y popularizan las enseñanzas prácticas que han de capacitar a la juventud estudiosa y no sobrada de recursos para ganarse el sustento con el ejercicio de honrosas profesiones, substituyendo los antiguos métodos, casi siempre rutinarios, con una educación sólida y adecuada

que crea artesanos o artífices no solamente hábiles y diestros, sino, además, conocedores profundos del arte o del oficio a que quieren dedicarse.

Entre las ciudades que protegen de una manera especial esta clase de enseñanza, merece citarse de un modo particular la de Badajoz, en donde existe una Escuela Municipal de Artes y Oficios que puede incluirse entre las mejores de su clase de España.

Recientemente se ha celebrado allí una exposición de los trabajos ejecutados por los alumnos asistentes a dicha Escuela, en la que se ha puesto de manifiesto de una manera evidente el grado de adelanto que alcanza la enseñanza en aquel centro docente y los excelentes frutos que de ella han sacado los que a la escuela concurren. Esculturas, dibujos artísticos, estudios arquitectónicos, proyectos, planos, dibujos de máquinas y de muebles, en suma, todo lo que sintetiza la instrucción que se da en esta clase de escuelas estaba representado en aquella exposición, que ha merecido los más entusiastas elogios de cuantos la han visitado.

Las fotografías que adjuntas reproducimos permiten formarse idea de la notable exhibición que constituye un timbre de gloria para la Escuela Municipal de Artes y Oficios de Badajoz y para el Ayuntamiento de aquella ciudad que tan brillantemente la sostiene.

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA

Bahnhofplatz

Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE

ANEMIA

ESCROFULISMO

NEURASTENIA

INAPETENCIA

FUMISTERIA: CAÑAMERAS:

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS

ASADORES AUTOMÁTICOS

TOSTADORES, CALORÍFEROS Y

CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR

PRENSAS, BANCOS,

MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN